héroes del
ESPACIO
NOVELAS ECSA

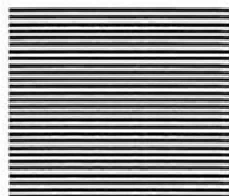
JUSTICIA ROBOTICA

LAW SPACE



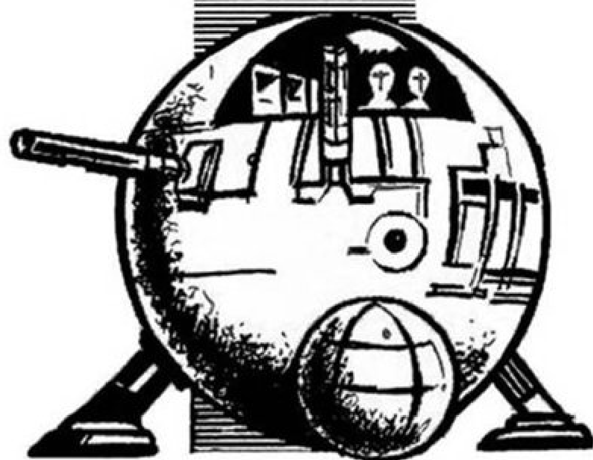
SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO





ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

**ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN**

18 - *El planeta vivo*, Law Space.
19 - *Embriones y residuos*, Lou Carrigan.
20 - *Leyenda sin tiempo*, Curtis Garland.
21 - *La invasión de los cerebros*, Joseph Berna.
22 - *Respuesta humana*, Law Space.
23 - *El hormiguero feliz*, Law Space.

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

LAW SPACE

JUSTICIA ROBÓTICA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 24
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: 23301-1980

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: septiembre, 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

Primera Parte
LA MARAVILLA

«Jamás aconsejaré a nadie que incluya elementos vivos en el complejo sistema electrónico de un robot. Sabemos aún muy poco de las conexiones que pueden nacer de esa paradójica conjunción. Y hay un límite para todo..., una peligrosa frontera que ningún hombre de ciencia, ningún técnico, debe atravesar... »La inteligencia robótica puede llegar a ser ilimitada, como lo es ya, dentro de un concepto determinado, el poder operativo de Tos poderosos ordenadores actuales... »Pero... una cosa es inteligencia... y otra conciencia. ¡Y yo cometí el error de ignorar la profunda y tremenda diferencia que separa a ambas!»

(De los cuadernos de notas del profesor Kart Munchen, de la Gewerbefur Roboter, de Berlín.)

CAPÍTULO PRIMERO

Le temblaban las manos. La emoción despertaba una especie de dulce angustia en su pecho, y era como si toda la carga afectiva de su cuerpo se concentrara en lo que veían sus ojos, en lo que rozaban sus dedos.

Sus dos manos tecleaban el panel de mando del poderoso microscopio electrónico, y sus ojos, pegados al visor, seguían con verdadera pasión científica el importante proceso de fusión que se llevaba a cabo en el «caldo de cultivo».

¡Y todo gracias a la «dermatina»!

Una sustancia que había tardado tres largos años en sintetizar, algo que iba a modificar de forma sorprendente la apariencia externa de los robots.

Su emoción era tan intensa, que incapaz de seguir mirando por el visor, se apartó un poco, inspirando con profundidad, como si le faltara el aire.

Sonriendo, con un brillo de felicidad en los ojos, buscó en el bolsillo de su bata blanca el paquete de cigarrillos, y encendió uno con una mano que temblaba ligeramente.

¡Lo había conseguido!

La entrada de su ayudante, el joven Alfred Kurtizer, fue como la realización de un deseo íntimo: el tener a alguien a su lado, el poder conversar, hablar, comunicar parte de aquella inmensa alegría que le embargaba…

—Buenos días, profesor.

—¡Venga aquí, Alfred! Himmelgott! Como los viejos griegos, tengo unas ganas inmensas de gritar: ¡Eureka!

—¿Lo ha conseguido, señor?

—Sí, lo he logrado, por primera vez, tras meses de ensayos… ¡Mis «dermones» se unen, viven! Véalo usted mismo.

Kurtizer se acercó el colosal microscopio, aproximando su rostro al visor. Permaneció en silencio unos instantes, volviendo luego la cara hacia el profesor, con una sonrisa de sincera congratulación en los labios.

—¡Es cierto, herr Professor!

—¡Una, maravilla! Tres años, amigo mío, tres años intentando que sustancias de síntesis se convirtieran en vida… ¿Se da usted cuenta de que acabo de proporcionar a los robots una envoltura casi humana, una piel como la nuestra?

—Sí.

—Millones de personas se han estado quejando, durante estos últimos diez años, del aspecto de máquina que ofrecen los robots qué les vendemos, maravillas técnicas, desde luego, pero seres de acero o de aluminio, fríos como la misma materia que les compone.

—Es cierto.

—Nuestro departamento de Psicología del Cliente ha comunicado mil veces que, a pesar de su utilidad, los robots domésticos y los fabricados para las secciones comerciales de las empresas, terminan por desencadenar una reacción desagradable en los clientes.

—Y es bastante natural, señor. Durante mucho tiempo, desde siempre, hemos estado acostumbrados a estar rodeados por empleados humanos. Para nosotros, los hombres, las máquinas eran sólo eso, máquinas, pero no nos llamaban la atención, ya que su aspecto difería por completo al nuestro.

—Tiene usted razón. Mientras la máquina fue una especie de armatoste más o menos bonito, pero máquina al fin, nada ocurrió…

Dio una breve chupada al cigarrillo, siguiendo con los ojos el ondulado camino de humo hacia el techo.

—Pero he ahí que los primeros robots de apariencia humana empezaron a fabricarse, tipos burdos, modelos primitivos, que hemos ido perfeccionando poco a poco aunque, incluso nuestros últimos modelos, que son dé una perfección estupenda, siguen ofreciendo un aspecto de máquina, de cosa fría, impersonal y tremendamente antihumana.

—Ahora será distinto, señor.

—¡Desde luego! Con mi «dermatina», conseguiremos recubrir a los robots con una piel que no tendrá que envidiar a la envoltura

humana. Y, especialmente, el rostro y las manos cobrarán una apariencia; indudablemente humana…

—Ya conseguimos dar a los ojos ese aspecto.

—Sí. Desde hace cinco años todos nuestros modelos están dotados de ojos humanos, fabricados con siliconas, ojos que parecen mirar, aunque no son más que receptores de impresiones luminosas.

—Muy diferentes a aquella especie de bombillas que llevaban los primeros modelos.

Karl Munchen sonrió.

No era tan joven como su ayudante, aunque acababa de cumplir treinta años. Era alto, de rasgos agradables y una amplia frente de intelectual. Era un hombre dulce, cariñoso, profundamente humano.

—El señor director va a estar muy contento de su triunfo, profesor Munchen.

—¡Seguro! Herr Direktor estaba esperando con ansia el resultado de mis trabajos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¡Las que usted quiera, Kurtizer!

—Esos «dermones» ¿están verdaderamente vivos?

—¡Pues claro! Todos los ensayos que se han hecho para dotar a los robots de una «piel», fracasaron porque se utilizaron siempre sustancias muertas, productos sintéticos que, a pesar de su perfección, terminaban por estropearse. Piense usted, Alfred, que la piel, cualquier clase de piel viva, recubre unos miembros que se mueven, y que las arrugas, tratándose de una sustancia viva, vuelven a alisarse en cuanto el gesto o el movimiento realizados termina.

—Así es.

—Los recubrimientos utilizados hasta ahora tenían, precisamente, ese inconveniente. Las arrugas, si bien desaparecían al principio, se iban haciendo más y más profundas, hasta que la falsa piel se rajaba, deteriorándose de forma insalvable.

Lanzó un suspiro.

—Con mis «dermones», sustancia viva, ese problema dejará de serlo.

—Pero, y perdone mi insistencia, si se trata de una sustancia viva, necesitará alimentarse, ¿no?

—Natürlich! Todo está previsto, mi joven amigo… En el interior

de la cabeza del robot, vamos a incluir un «centro nutricio» que se ocupará de mantener en vida a los «dermones» de la piel.

—¿No irá usted a decirme que ese alimento irá a través de arterias y venas?

—¡Irá, Alfred, irá! Esa es la parte más difícil que he encontrado en mi trabajo. Me he visto obligado a realizar un sistema arterial y venoso, el primero para llevar las sustancias a la piel y el segundo para retirar los productos de desecho. De otro modo, la piel hubiera terminado por morir, como ocurriría a cualquier piel humana.

—¡Es fantástico!

—Ha sido apasionante. Venas y arterias, naturalmente, han sido fabricadas con material plástico especial, dotado de mecanismos capaces de contraerse, supliendo así la ausencia de corazón.

—¡Increíble!

—Aprovechando la carga eléctrica que genera el propio robot, impulsos pequeños proporcionan a arterias y venas esa elasticidad necesaria para que «la sangre», si llamamos así a lo productos nutritivos, pueda ir y venir a lo largo y ancho de la piel...

—Estremece pensar en todo eso porque, por lo que acaba de decirme ¡los robots con esa piel tendrán hasta pulso!

—Sí.

—¡Verdaderamente alucinante! Y, ¿cuándo va usted a poner la primera piel a un robot?

—Muy pronto...

Entornó los ojos y su imaginación escapó hacia otros conceptos. Una sombra de inquietud pasó por su rostro. Pensó en lo que le esperaba aquella noche cuando, después de estar con Erika, volvería al laboratorio y sacaría del congelador las primeras muestras de «neurón»...

Se estremeció.

Aquello significaba mucho más que el descubrimiento de la «dermatina», mucho más.

—¿Se siente usted mal, señor?

Volvió a la realidad, sonriendo a Alfred.

—No, no es nada, estaba pensando, perdone, amigo mío.

—No tiene importancia..

* * *

El coche seguía a velocidad moderada la ancha vía de la

Berlinerstrasse. Con las manos en el volante y el vehículo pegado a la derecha, Karl dejaba que los otros coches le adelantasen, sin ver de ellos más que la imagen fugaz que pasaba a su lado y la vibración del aire que golpeaba su propio vehículo.

No había dicho todo al joven Alfred.

Ni a nadie.

Es decir, le había mentido al afirmar que la carga eléctrica del robot iba a ser la fuente de energía capaz de propulsar la «sangre» a lo lago de los vasos, para nutrir la piel…

Ningún mecanismo electrónico era capaz de reaccionar ante las «necesidades» de un tejido vivo. Ni siquiera si era programado con todo cuidado.

La vida responde a los impulsos de la vida.

Por eso, desde el principio de sus investigaciones con la «dermatina», tuvo que rendirse a la evidencia. Necesitaba un «centro», igualmente vivo, capaz de responder a las exigencias nutricias de los «dermones». Dicho más claramente, cuando la piel «tuviese hambre», tenía que dirigirse a «alguien». Y ahí residía el problema: había de concebir un centro vivo capaz de responder a los impulsos de la piel…, ¡qué también estaba viva!

Lo había conseguido.

Sin decir nada a nadie, y si saber por qué no deseaba, al menos por el momento, comunicar, su fabuloso descubrimiento.

Tenía oculto el sistema, que ya había probado, antes de perfeccionar a los «dermones». Pequeñas masas vivas, de origen igualmente sintético, a las que llamaba «neurón».

«Neurón»: un nombre derivado de neurona, como así se llaman las células nerviosas, muchas de las cuales, las más importantes, están situadas en el cerebro humano.

Y «allí» tendría qué colocarlas.

En el «cerebro» del robot, en aquella compleja mecánica, de fina textura electrónica, junto al almacén de datos, en contacto con todo aquello que hacía que el robot obedeciese órdenes, realizase trabajos especializados, junto a todo aquello que daba a la máquina un cierto parecido con el cerebro humano.

Karl estaba seguro de que entre las «formaciones vivas» y el cerebro electrónico del robot no iba a establecerse ninguna clase de dependencia, de conexión.

¡Era prácticamente imposible!

No puede existir correlación alguna entre lo que el hombre inventa y lo que la Naturaleza crea. Incluso en los aparatos más sofisticados, por ejemplo en los marcapasos, todo se limita a un mecanismo que emite descargas eléctricas determinadas, haciendo que el corazón enfermo reaccione.

Pero no hay relación íntima alguna entre el marcapasos y el corazón del hombre que lo lleva puesto.

Entonces, ¿de qué tenía miedo?

No lo sabía.

Era, sencillamente, un presentimiento, una rara y difusa intuición; un temor vago, impreciso, pero que despertaba en su mente una indecible angustia.

En el fondo, se sentía como los primeros médicos que abrieron un cráneo descubriendo el cerebro, preguntándose dónde podía ocultarse, en aquella masa grisácea, esa maravillosa cosa que es la mente humana.

* * *

—He elegido un S-M, querida…

Erika se acercó a la mesa, con la bandeja de pastelillos y la botella de vino dulce.

—¿Qué es eso, Karl?

—El tipo más perfeccionado de robot, Erika. S-M quiere decir Superior-Mecánico.

Dejó ella la bandeja sobre la mesita, esbozando una mueca.

—A veces —dijo mientras se sentaba frente al hombre—, me da miedo pensar que de vivir entre esas máquinas olvides que también existen seres humanos, de carne y hueso…

—¡Por Dios, Erika! ¿Cómo puedes decir eso? Ninguno de esos robots despertaría en mí todo lo que siento por ti, ninguno de ellos puede comparársete en absoluto.

—¡Menos mal! —rió ella.

—Lo que ocurre es que mi trabajo me apasiona por muchos motivos que sería largo explicar.

Ella volvió a fruncir el ceño.

—Dejemos eso, ¿quieres? Te veo apenas dos horas al día, comprendo tu pasión, y la admito, pero no debes olvidar, cuando sales de ese sitio, que vienes a ver a la mujer con la que vas a

casarte.

—¡Nunca lo olvido!

—No lo sé... Hemos fijado la boda para dentro de dos meses retrasándola; por segunda vez, para que terminases no sé qué trabajos...

—Ya están casi terminados.

—¡Por fin! Espero que no surgirá ninguna otra cosa.

—Desde luego que no.

—Yo también tengo mis pasiones de mujer, Karl.

—Lo comprendo.

—No lo sé. Hemos comprado esa casita a la que no has vuelto desde que la adquirimos. Hay que amueblarla, decorarla y me da un poco de pena tener que ser yo quien lo haga todo.

—Confío plenamente en ti, querida. Además, tienes muchísimo más gusto que yo.

—No importa. A toda mujer le gusta que su futuro marido se ilusione por los detalles del hogar que van a compartir. Cuando voy allá y hablo con los decoradores y me paseo por las habitaciones, sola, me da la penosa impresión de que voy a casarme con un fantasma.

—No digas eso.

Ella le miró con fijeza.

—Te quiero, Karl, y lo sabes. Me enamoré de ti y también de tu inteligencia. Pero ahora empiezo a comprender qué nunca serás completamente mío...

—¿Por qué no?

—Porque una gran parte de tu cerebro y, lo que es peor, una parte de tu corazón, pertenece a esos grotescos muñecos de metal. Ya habrás notado que me he negado rotundamente a que tuviésemos uno solo en nuestra casa.

—Todo el mundo los tiene.

—Yo no los quiero. Nuestra casa tiene de todo, está supermecanizada, pero no deseo vivir al lado de uno de esos fantoches de metal.

—Es que...

—Muchas amigas mías han hecho lo mismo. Al principio, el robot era agradable, quizá por la curiosidad que despertaba, por los servicios que hacía, hasta que su presencia empezó a ser intolerable.

Encontrarse a solas, en todo momento, con esa especie de espantapájaros, pendiente de ti, con sus ojos fijos en ti… ¡No, no lo soportaría jamás! Igual que ellas han hecho, lo devolvería a la fábrica; después de todo, a pesar de su apariencia humana, no son más que, montones de repugnante chatarra.

Comprensivo, Karl sonrió.

—No olvides que todo lo que gano viene de esa… chatarra.

—Eso no me importa. Trabajes donde trabajes, yo te quiero a ti. Y una vez regreses a casa, quiero tener la fiesta en paz, dedicarme a un hombre al que mire sin el temor de verle convertirse en un robot.

CAPÍTULO II

—Perdone que insista, señor director, pero yo nunca he creído en el negocio de los robots domésticos.

—Lo sé, lo sé.

—Además, me atengo a las cifras de venta. La sección de U-M; es decir, los robots del departamento de Utilidad-Mecánica, que me honro en dirigir, han producido mil veces las ganancias de la sección D-M, Domestica-Mecánica…

—Es cierto.

—Y si nos atenemos a las reclamaciones, a las protestas, entonces no acabaríamos de contar. Desde el principio de ese proyecto, manifesté abiertamente mi disconformidad. ¿A quién se le ocurre meter a robots de aspecto humano en las casas de la gente?

—Lo creímos necesario.

—Fue un lamentable error, señor director. Generalmente, en las casas quedan las mujeres, criaturas raras, nerviosas y muy a menudo histéricas. Mientras se defendían con las máquinas simples, cocinas, lavadoras, lavaplatos, aspiradores, las cosas iban bien. Porque la mujer amaba dominar a todos aquellos cacharros, a los que miraba como simples máquinas que son…

—Siga, me interesa.

—Pero al llegar el robot, con su apariencia humana, y más que eso, con su aspecto de «hombre», se despertaron en el espíritu de las amas de casa cosas muy raras, reacciones femeninas contra el aspecto masculino de la máquina…

—No sé si acierto a comprender…

—Es muy sencillo, herr Direktor. La vida nos enseña que la mujer nos soporta y que cuando salimos de casa para el trabajo, lanza un suspiró de verdadera satisfacción. Nos ama, es cierto, pero no nos soportaría siempre a su lado, pegados a sus faldas.

—Eso es verdad.

—Cuándo el hombre deja la casa, la mujer recobra su completa y ansiada libertad, y es la dueña de todo lo que le rodea. Con el robot; la presencia de algo parecido a un hombre despierta en ella ideas contradictorias, se cree vigilada, controlada por algo que, aunque no sea cierto, le recuerda al marido ausente.

—Muy ingenioso.

—¿Qué ha ocurrido con toda la gama de D-M? Lo que fatalmente tenía que suceder. Hartas de aquella presencia, las mujeres no han parado hasta que su esposo, que era quién lo había pagado, devolviera el robot...

—Un momento, profesor Werniger, nuestro departamento de Psicología del Cliente...

—¡No me haga usted reír, señor director! Otra de las ideas de nuestro querido profesor Munchen, ¡otra de sus manías! Yo nunca he tenido necesidad de ese departamento para vender todo lo que la Gewbefur Roboter ha fabricado, ¿y sabe usted por qué?

Esperó unos instantes, y como Hans Leffer no dijera nada:

—Porque mi sección ha seguido las normas de fabricación lógica. Después de todo, ¿para qué se inventó el robot? ¡Para trabajar! La palabra robot lo dice, ya que deriva del ruso raboti, que significa trabajo...

Hizo una nueva pausa.

—Los robots de mi departamento no han fracasado nunca y jamás hemos tenido reclamaciones en las minas, en las fábricas, en todo tipo de industria: Trabajan y siguen trabajando para la satisfacción de quienes los adquirieron.

—El departamento de Karl Munchen es otra cosa.

—¡No hace falta que me lo diga! ¡Robots domésticos! Cada vez más sofisticados, más «guapos», que no huelan a nada, que no hagan ruido, cubiertos con el material más fino que existe, y ahora, según se dice por ahí, con piel casi humana.

—¿Ha oído usted hablar de eso?

—¿Y quién no? ¿Cree usted acaso, señor director, que Karl se calla, que silencia lo que hace? ¡No me diga usted eso! Munchen ha sido siempre un presumido, un pedante intolerable.

—Vamos, vamos, por favor, señor Werniger, habla usted de un modo que me va a hacer creer en las habladurías que corren por

ahí...

Otto se puso intensamente pálido.

—Ya sé a lo que se refiere usted, herr Direktor, pero no crea que ese tipo de habladurías me incomoda, aunque nadie se atreve a comentar nada en mi presencia...

—Hombre, yo..., en fin...

—Todo el mundo sabe que estoy enamorado de Erika Lostein y yo nunca he ocultado mis sentimientos hacia ella...

Una sonrisa despectiva se dibujó en sus labios.

—Sí, todo el mundo sabe que estoy loco por Erika y que es Karl Munchen quien la corteja, quien la visita y quien piensa que va a casarse con ella.

Leffer frunció el ceño, demostrando así su asombro.

—Perdone, Werniger, pero creo que van a casarse.

—Perdone usted, señor director, he dicho y repito con mucho gusto que Karl «piensa» casarse con Erika, pero que nunca serán marido y mujer.

—¡Cielos, Otto! Esa palabras podrían ser mal interpretadas si alguien que no fuese yo las escuchase.

—Nadie puede malinterpretarlas, señor. Porque no hay amenaza alguna en ellas, sólo la constatación de algo que siempre he sabido. No olvide que Erika y yo fuimos muy buenos amigos, pero que muy buenos, antes de que ese mequetrefe de Munchen llegara a Berlín...

—Sé, en efecto, que ustedes dos...

—Fuimos..., novios o algo parecido. Eso me hace conocer a Erika mucho mejor de lo que parece. Por el instante, Karl la deslumbró con sus ideas «geniales», su ansia de comerse al mundo de un solo bocado...

Torció el gesto, prosiguiendo luego:

—Pero, como le iba diciendo, conozco a Erika, que desde luego no es una mujer estúpida, ni una jovencita alocada y que, en pocas palabras, sabe perfectamente lo que desea.

—Pero se dice que van a anunciar la boda de un momento a otro.

—No haga caso, señor director, todo acabará en agua de borrajas, ya lo verá aunque este tema no le interesa demasiado, supongo.

—A fuer de sincero, he de decir que siento un gran aprecio por

Munchen.

La mueca se amplió en la boca de Otto.

—Lo sé y no me importa. A usted le ha ocurrido algo parecido, un mal que se produce cuando no se conoce bien a ese individuo. Uno se siente deslumbrado por su verborrea intrascendente, por sus miríficos proyectos, por sus ideas revolucionarias.

Se puso en pie.

—Pero en realidad, herr Direktor, nos muestra que la solidez y el progreso de esta industria se debe, de forma casi exclusiva, a los robots que, sin estridencias ridículas, trabajan por doquier, llevando a las cinco parte del mundo las excelencias de nuestra técnica. ¡Eso es todo!

* * *

—Cuidado, Alfred.

—Lo tengo, señor.

—El espacio es muy pequeño. Y no quisiera que el depósito de alimentos rozase siquiera los sistemas electrónicos del cerebro» del robot.

Sobre la mesa de trabajo, sólo había la cabeza de la máquina, sin envoltura alguna, lo que le daba el aspecto de una esfera hueca, hecha de la complicada urdimbre de cables, centros, relés, en número impresionante.

Los dos hombres estaban situando, con largas manos mecánicas, una especie de bolsa, de paredes de un plástico especial, exactamente dé lo que en un ser humano hubiera sido el encéfalo.

Un divertículo, un fino tubo de la misma sustancia, emergía de la bolsa y, caminando por entre cables innúmeros, llegaba hasta lo que más tarde sería la «boca» del robot.

Karl procedió a fijar las últimas conexiones, de forma que la bolsa no se desplazase en el lugar en el que estaba situada.

—Ya la tenemos —dijo con un suspiro de alivio.

—Ha sido bastante difícil, profesor.

—Desde luego. El espacio de la cabeza estaba tan bien aprovechado, que hemos tenido que desplazar algunos centros. Por fortuna, hemos conseguido miniaturizar ciertos circuitos impresos, lo que nos ha proporcionado un cierto espacio para colocar ese depósito.

—¿Y es ahí donde irán las sustancias alimenticias?

—Sí.

—Es muy pequeño.

—No importa. No teníamos más espacio, Kurtizer, por eso pensé proporcionar al robot sustancias superconcentradas que obviasen lo reducido del volumen. De todos modos, y si mis cálculos no son erróneos, con ese minúsculo depósito lleno, el robot tendrá suficiente alimento para su piel durante unas 300 horas.

—¡No está mal!

—Por otra parte, cuando el nivel nutritivo del contenido de la bolsa llegue a un determinado límite, se encenderá una luz en la boca del robot, lo que indicará que debe vaciarse lo que la bolsa contenga en ese momento, detritus, para ser rellenada con una nueva dosis alimenticia.

—¿Por la boca?

—Sí, y de forma muy sencilla. Se proveerá a los clientes con una botella que no tendrá más que acercar a la boca de la máquina. La botella lleva dos compartimentos absolutamente estancos. Debido a un proceso de aspiración, vaciará el líquido usado e, inmediatamente después, llenará de nuevo la bolsa. La maniobra dura menos de un minuto.

—Ha pensado usted en todo.

Munchen sonrió.

—Los clientes nos obligan, querido Alfred, a ser extremadamente prudentes. Las lecciones que hemos recibido, muy duras algunas de ellas, nos han enseñado lo difícil que es la instalación de nuestros D-M. Tenemos que luchar contra extraños prejuicios.

—¡Dichosas mujeres!

—No se trata únicamente de las mujeres, Alfred. Hay muchos hombres solteros que adquirieron robots domésticos... y que se quejaron de mil males imaginarios.

Se pasó la mano por la frente.

—Primero fue el olor. De nuevos, nuestros robots, es cierto, desprendían un ligero olor de las pastas utilizadas para fijar las conexiones, parafinas, ceras, oclusivos...

—Es verdad.

—Tuvimos que arremeter contra nuestro departamento de química, exigiendo sustancias prácticamente inodoras.

—Y lo conseguimos.

—Luego fueron los ruidos. No obstante, habíamos cuidado con detalle los frotamientos en las articulaciones del robot; pero, por lo visto, algunos de nuestros clientes poseían un oído excepcional.

—Yo diría unos nervios poco estables.

—Esa es la verdad, pero nos vimos obligados a aquilatar al máximo los roces, las fricciones, poniendo en cada articulación una capa de material capaz de absorber todo ruido.

—Y lo conseguimos.

—Sí, ya lo sé, respiramos de alegría pero por muy poco tiempo. Empezaron, entonces las protestas al respecto al aspecto de los robots, su «aire de máquinas con semejanza humana»...

—¡Disparates de histéricos e histéricas!

—Lo sé, lo sé, pero iba en ello nuestra cifra de ventas y eso es, mi querido amigo, lo que cuenta en una empresa como la nuestra.

El joven Kuritzer lanzó un profundo suspiro.

—Si nos dejasen trabajar en paz, si pudiésemos investigar sin todos éstos estúpidos obstáculos.

Karl no dijo nada.

Incluso volvió la cabeza, aparentando mirar con interés la cabeza del robot, cuando en realidad deseaba que su ayudante no se percatase del extraño brillo que adivinaba había aparecido en sus ojos.

Investigar...

¿No era lo que estaba haciendo, a escondidas, viniendo cada noche al laboratorio?

En el fondo de la cámara acorazada, cuya combinación no conocía más que él, yacía, en una camilla, el cuerpo del «R-008» en el que estaba trabajando desde hacía mucho tiempo.

Un sentimiento de emoción se apoderó de él.

Por suerte, Alfred no se había percatado de la habilidad de su jefe cuando colocaron el depósito alimenticio. Si las hábiles manos de Munchen no vacilaron un solo instante en el curso de la delicada maniobra, era porque ya lo había hecho.

Porque había pasado horas, muchas, estudiando la estructura de la cabeza de «su robot», al que ya había colocado la bolsa..., ¡y la piel de «dermatina»!

¡Había sido un verdadero éxito!

Una piel de franco aspecto humano que transformaba una fría máquina de metal en algo «cálido», agradable a la vista, de tal manera que cuando vio, de pie, a «R-008», él mismo, acostumbrado a ver toda clase de robots, no pudo evitar un estremecimiento.

¡La apariencia humana de la máquina era sencillamente escalofriante!

Pero aún faltaba algo…

Venciendo el ansia de seguir pensando en todo aquello, Kaft se volvió, sonriente, hacia su joven ayudante.

—En cuánto hayamos completado este tipo de robot —dijo—, lo expondremos al juicio del director y empezaremos a fabricar algunas docenas de muestra.

—¡Será un éxito!

—Eso espero, aunque cómo siempre, serán los clientes quienes dirán la última palabra…

* * *

Otto tecleó con mano impaciente el disco automático del visófono. Se iluminó la pantalla, y una vez la conexión telefónica establecida, apareció en ella el rostro de Erika.

—Hola…

Ella sonrió al reconocer el rostro en su pantalla.

—¡Otto! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

—¿Agradable?

—Desde luego. Hacía una eternidad que no te veía, que no tenía noticias tuyas…

Werniger se mordió los labios, mirando con fijeza la imagen de la muchacha.

Seguía siendo diabólicamente atractiva y sin poderlo evitar, el hombre pensó en aquel cuerpo que tan bien conocía y en los momentos que había estado abrazado a él…

Erika debió descubrir algo en la mirada del hombre, ya que una nota rosa subió a sus mejillas.

—¿Cómo te van las cosas? —inquirió con el deseo oculto de romper el hechizo que parecía pesar sobre Otto.

—Muy bien. Acabo de comprarme un nuevo tipo de robot, un helicóptero deportivo de dos plazas.

—Es maravilloso.

—Sí, lo es, y lo sería más si algún día me acompañases. Tengo el

proyecto, para el próximo fin de semana, de ir hasta la Selva Negra. También he comprado una casa de campo en un lugar aislado, rodeado de bosque por todas partes.

—Ya veo que prosperas, Otto...

—No soy un soñador, Erika, y tú lo sabes. Soy un hombre práctico, un ingeniero honesto que está satisfecho de todo lo que ha podido hacer para ayudar a la humanidad.

—Lo sé.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro que sí.

—¿Cómo van tus asuntos... íntimos?

Ella frunció ligeramente el ceño.

—Bien.

—No pareces decirlo con demasiado entusiasmo.

—No soy muy expansiva.

—Eso no es cierto. Erika, si algo te sobra es fuego y entusiasmo cuando puedes manifestarlo abiertamente. ¿Me equivoco?

—No.

—Bueno, no quiero herir tus sentimientos, dejemos eso, ¿qué hay del fin de semana?

—No sé.

—Piénsalo. Hoy estamos a martes, conoces mi número de visófono, si cambias de parecer y te tienta pasar esos dos días en mi compañía, házmelo saber.

—Otto...

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De salir contigo. Hay cosas del pasado, lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. ¿Crees acaso que he podido olvidar? Fuiste demasiado importante para mí y lo sabes. Pero nunca protesté cuando tomaste aquella decisión. Nunca pensé en mí mismo, sino en tu felicidad, aunque fuera junto a otro hombre.

—Sí, lo sé...

—Y si ahora te he llamado, rompiendo un largo y penoso silencio, es porque algo, aquí dentro, en el pecho, me dice que estás muy lejos de la felicidad a la que aspirabas y que mereces.

—¡Por lo que más quieras, Otto! No me hables así...

—He de hacerlo. Todos estos meses he esmerado que las cosas fueran a tu gusto puesto que lo habías elegido, por lo menos deseaba que no te equivocaras, pero tengo casi la certeza de que no ha ocurrido así.

—Por favor.

—Está bien. Ya sabes dónde puedes encontrarme si es que lo que hubo entre nosotros sigue teniendo algún valor para ti. Hasta la vista, Erika.

—Auf Wiedersehen!

CAPÍTULO III

Fue hacia la máquina distribuidora de bebidas y pulsó el botón del café negro y cargado.

Lo necesitaba.

Una ojeada al reloj de pulsera le demostró que llevaba siete horas en el laboratorio. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Bebió el café a lentos sorbos, mirando desde el rincón de la sala la gran mesa sobre la que yacía «R-008».

Parecía el cuerpo dé un hombre, con una piel tostada por el aire y el sol. Era hermoso, singularmente hermoso. Pero, separada del cuerpo, aunque se veían las conexiones que unían a ambos, estaba la cabeza, aún sin piel, abierta, extraña esfera cruzada por la tela de araña de hilos de todos los colores.

Karl lanzó un breve suspiro.

Tirando la taza de cartón en la cesta, volvió junto a la máquina, quedándose quieto ante ella, con la imaginación volando hacia regiones que él solo conocía.

Con un nuevo suspiro, calzó los guantes de las manos mecánicas, dirigieron los finos dedos de acero hacia la bandeja en la que flotaban, en un líquido neutro, minúsculas esferas de color marrón.

Los. «neurones».

Los delicados movimientos de las manos mecánicas, que dulcificaban al máximo los de las del hombre, fueron colocando las esferas en los reducidos espacios donde debían ubicarse.

Cuando todas las esferas estuvieron en su sitio, Karl procedió a recubrir el rostro con la mascarilla de «dermatina» que había preparado, terminando al unir la cabeza al tronco.

Habían pasado dos horas más.

Antes de empezar a trabajar, Munchen había cargado los acumuladores del robot, lo que le proporcionaba 1.000 horas de

autonomía.

Basculando la gran mesa, puso a «R-008» en pie.

Sabía que existía, en toda máquina robótica, un pequeño lapso de tiempo hasta que empezara a funcionar. A ese tiempo se le llamaba «intervalo de funcionamiento» y no excedía nunca de los veinte minutos.

Encendió un cigarrillo, apercibiéndose de que estaba bastante nervioso. Pensaba en las conexiones establecidas entre los «neurones» y la totalidad del «cerebro electrónico», de la máquina.

Acabó el pitillo echando la colilla en el incinerador.

Había llegado el momento.

No esperaba que el robot fuera totalmente diferente a los otros, a no ser por aquel hermoso aspecto humano que la piel le proporcionaba.

Mordiéndose los labios, esperó unos instantes más. Luego, con voz clara, pronunciando lentamente, de la manera que uno ha de dirigirse a un robot, dijo:

—Levanta la mesa y ponía horizontal.

El robot no se movió.

Karl repitió la orden media docena de veces, con el mismo resultado negativo.

Había fracasado.

Por mucho cuidado que pusiera, como lo había hecho, en la instalación de los «neurones», elementos vivos después de todo, que se nutrirían, como la piel, de la bolsa de alimento concentrado, debía haber ocurrido algo que bloqueaba los sistemas de percepción del hombre-máquina.

Era, se lo confesó mentalmente, uno de sus temores. Precisamente la mayor garantía de funcionamiento del delicado mecanismo de un robot reside en el «ambiente seco» que ha de reinar en su interior, a lo largo de todos sus circuitos.

Ningún técnico de la Gewebfur Roboter ignoraba que la humedad era el enemigo número uno de las máquinas y para evitarla, se dotaba a todas las instalaciones interiores de un revestimiento de regulación higrométrica lo más perfecto posible, especialmente en aquellos robots, como los destinados a la minería, que debían trabajar en ambiente de densa humedad.

Los «neurones» eran sustancias vivas y podía haber ocurrido que

destilasen una minúscula cantidad de líquido, desgraciadamente suficiente para anular el trabajo de ciertos circuitos «cerebrales».

—No debes condolerte demasiado —dijo Karl hablando en voz alta—. Tendrás que estudiar con detalle lo que ha ocurrido, pero esta noche es muy tarde.

Tan cansado estaba, que ni siquiera se molestó en transporta a «R-008» a la cámara acorazada en la que lo ocultaba. Nadie entraría en el laboratorio a la mañana siguiente excepto Alfred Kurtizer, y su ayudante, a la vista del robot, no imaginaría jamás lo que aquella máquina llevaba en la cabeza.

Munchen estaba terriblemente cansado, agotado y un poco decepcionado.

Pensó mientras se quitaba la bata, que hacía cuatro días que no había ido a visitar a Erika y sintió un profundo remordimiento, ya que amaba mucho a aquella mujer, comprendiendo perfectamente las quejas de ella.

—Mañana es viernes —pensó en voz alta—, y no creo que vuelva por aquí, voy a ir a verla en cuanto descanse un rato y le propondré una salida este fin de semana.

Quizá Erika tuviera razón.

Se había dejado arrastrar por su entusiasmo. Su pasión por su trabajo había sobrepasado de mucho los límites normales, lo que le hizo abandonar a la mujer a la que amaba.

—¡Soy un perfecto estúpido!

Salió del laboratorio, tomando el ascensor que le condujo directamente al parking. Sentado tras el volante del coche, volvió a pensar en el robot que había dejado en el laboratorio.

Sonrió amargamente.

—Estás un poco loco, Karl —dijo sin dejar de sonreír—. Y si sigues así vas a perder lo que más quieres y necesitas en el mundo, el amor de una mujer.

Puso en marcha el vehículo y mientras se abrían las puertas del garaje, torció la boca con una mueca de desprecio, en la que había una buena dosis de desesperación, y lanzó como un reto a su propia conciencia:

—¡Al diablo con los robots!

CAPÍTULO IV

El mensajero electrónico de la puerta repitió una vez más, desfigurando la dulce voz de Erika: «Estaré ausente hasta el martes próximo. Dicten los mensajes que deseen, una vez oigan la señal.»

Karl se mordió los labios.

No había telefoneado previamente, pensando dar una agradable sorpresa a Erika, ya que había dispuesto de aquellos días para estar junto a ella, pidiendo por visófono dos billetes para la isla de Can...

No quería pensar más en ello.

Volvió a su coche dirigiéndose hacia la fábrica, ya que hubiera sido prácticamente incapaz de encerrarse en su apartamento con las ideas negras que moraban en su espíritu.

En cuanto el vehículo penetró en el área de la fábrica, su avisador de a bordo lanzó una voz gangosa:

—El director desea ver al ingeniero Munchen en su despacho.

Dejando el coche, Karl se dirigió directamente al ala donde estaba situado el directorial despacha de Hans Leffer.

—Buenos días, señor director.

—¡Hola, amigo mío! Tome asiento, por favor.

Y tras unos instantes de silencio, mientras el recién llegado se acomodaba en uno de los asientos anatómicos situados a este lado de la mesa:

—Tengo excelentes noticias para usted, Munchen.

—¿De veras?

—Sí. Nuestro Departamento de Publicidad acaba de terminar la encuesta que iniciamos hace tres semanas, las respuestas son casi totalmente unánimes, el público desea adquirir los robots domésticos con aspecto humano.

—¡Ah!

—En realidad, según nuestro Departamento de Psicología del

Cliente, tal resultado era de esperar.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, a pesar de todas las protestas y todas las devoluciones, la gente necesita algo tan maravilloso como nuestras máquinas para sus casas...

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo... Hemos descubierto, aunque ya lo sospechábamos, que las grandes firmas de electrodomésticos han tenido qué ver mucho en la campaña de detracción de nuestros robots domésticos.

—Era de esperar.

—Desde hace años, los fabricantes de electrodomésticos han perfeccionado sus técnicas, pero no pueden evitar que el elemento humano sea quien ponga en marcha cada uno de los aparatos.

—Es evidente.

—El robot, por el contrario, no necesita nada. Incluso ausente el dueño o dueña de la casa, lleva a cabo todas las labores para las que ha sido programado.

—Pero, perdone usted, ¿qué puede importarle al fabricante de electrodomésticos que sea una mano humana o la de un robot la que haga funcionar sus aparatos?

—Mucho, mi querido Munchen. Les importa mucho, ya que la base de su propaganda es, desde siempre ésta: «Compre usted nuestro lo-que-sea y tendrá más tiempo libre.»

—Sigo sin entender.

—Es el producto de una pura reacción psicológica, Karl. Si una ama de casa «confía» en sus aparatos, es hacia ellos que demuestra su agradecimiento, comprando los nuevos modelos en cuanto aparecen en el mercado, mostrando así una fidelidad absoluta hacia su marca preferida.

—¿Y eso qué tiene que ver con los robots?

—Muchísimo. Usted sabe que todas las marcas de electrodomésticos se basan en algo muy fino y muy inteligente que podríamos traducir por «la vida media» de cualquier aparato.

—Lo sé.

—Si los aparatos durasen eternamente, esas fábricas se arruinarían.

—Seguro.

—Por eso, Karl, en el proceso de fabricación, se hace intervenir un factor de «duración limitada», lo que desconoce el gran público.

—Empiezo a entender..

—Un estudio profundo de cada pieza, de cada circuito, lleva a calcular la «duración» de cada aparato, su vida media, como decía antes. Minúsculos detalles que se tienen en cuenta a la hora de la fabricación, espesores mínimos en el cablaje, desgaste de piezas que podían durar mucho más, aleaciones, de baja resistencia... Toda una serie de «fisuras» que, en el fondo, garantizan la venta de nuevos aparatos.

—Sí.

—Hace muchos años, todas esas debilidades «preparadas» durante la fabricación en serie, alimentaban de trabajo a una serie de especialistas, fuera o dentro de la industria, que formaban una red comercial que recibía el nombre de «servicio post-venta».

—Así era.

—Una propaganda activa y un estudio más detenido de los precios terminó con la «post-venta», ya que resultaba más económico comprar un aparato nuevo que llamar a un especialista para arreglar uno averiado.

—Es la verdad.

Los ojos de Leffer brillaron intensamente.

—Pero ¿sabe usted en qué factor se encuentra la «fiabilidad» de esos aparatos?

—No.

—En la torpeza de la mano humana.

—¡No!

—Sí, mi querido Karl. El noventa por ciento de las averías en los electrodomésticos surgen del poco cuidado con que se les maneja. La mujer o el hombre, en sus casas, siguen pensando, a pesar de las facilidades de la vida moderna, que las actividades caseras son un verdadero fastidio, una insoportable lata, y eso hace que maltraten los aparatos que, por otra parte, han sido fabricados pensando en esa inhabilidad manual de los clientes.

—¡Muy astuto!

—Pero, he aquí que desde el momento en que un robot entra en una casa, los aparatos duran cien veces más porque, sencillamente, las manos de un robot son infinitamente más finas, delicadas y

cuidadosas que las de cualquier ser humano.

—Eso es cierto.

—¿Resultado? Descenso vertiginoso en la venta de electrodomésticos y natural reacción de los fabricantes, que no se han detenido hasta desacreditar nuestros productos.

—Sumamente curioso.

—Pero, a pesar de todo, el producto que ofrecemos es tan formidable, tan cómodo y seguro que terminaremos imponiéndolo en cierto modo, gracias a usted y su descubrimiento de la piel de aspecto humano.

—Hasta que nuestros adversarios encuentren otra pega...

—Ya veremos. Por el momento, nuestros sondeos demuestran que el público confía en nosotros y ya tenemos dispuesta la venta de medio millón de ejemplares para el mes próximo.

—Me alegro.

—Veamos ahora cómo van sus trabajos, ¿creé que podremos producir esa cantidad?

—Sí. Dos secciones de la fábrica están produciendo «dermatina» en cantidades industriales. Puede usted contar con los quinientos mil revestimientos de piel para la fecha prevista.

—¡Excelente! Pero ¿me permite una pregunta?

—Desde luego.

—¿Le ocurre a usted algo, profesor Munchen?

—No, nada.

—Le encuentro algo apagado, ¡usted, que es el ejemplo vivo del entusiasmo!

—Estoy un poco cansado, eso es todo.

—¿Por qué no se va usted este fin de semana? Creo que le haría mucho bien salir, lejos de aquí, en compañía de quien usted sabe.

—No, prefiero quedarme en la ciudad y si usted lo permite, voy a trabajar un poco en el laboratorio.

—Como quiera.

* * *

—¿Contenta?

—¡Oh, mucho!

El «rotor» volaba suavemente sobre la llanura. Otto había confiado el rumbo y demás al cerebro electrónico, y pasado a la lujosa cabina donde sentado ante Erika, paseaba una mirada ávida

por el espléndido cuerpo de la joven.

—Me sorprendiste al llamarme anoche —dijo él.

—Me decidí de repente, ya me conoces, estaba harta de la ciudad y deseaba abandonarla en seguida.

—Comprendo.

—Si no hubieses sido tu quien me sacara hoy, creo que me habría marchado sola, a cualquier parte.

—No te hubiese dejado salir sola.

—Te lo agradezco. Desde que he subido a tu aparato, me encuentro mejor.

—Esto no es más que el principio.

Erika miró a Otto y sonrió.

—Quisiera confesarte algo.

—Lo que desees.

—Es algo íntimo, que no confiaría a nadie al que no conociera, pero la verdad es que tengo unas ganas inmensas de decirlo, es algo que no puedo guardar por más tiempo aquí dentro.

—Habla.

—No he hecho nunca el amor con Karl.

—¡Imposible!

—Ya sé que parece imposible, pero es la pura verdad.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, llevamos ocho meses juntos; es decir, viéndonos, generalmente en mi piso.

—Lo sé.

—Cien veces me he insinuado, sabes que no soy ni hipócrita ni acomplejada. Cuando amo a alguien, deseo entregarme, demostrarle qué le pertenezco.

—También lo sé.

—Con él no ha habido nunca nada que hacer. Cada vez que me insinuaba, se las arreglaba para cambiar de tema, es decir, para enredarse apasionadamente en su trabajo.

—¡Es un imbécil!

—Me sentía defraudada, casi ofendida, y ahora te puedo decir que estuve a punto, más de una vez, en buscar fuera de mi casa lo que Karl no quería o no deseaba darme.

—¿No lo has hecho?

—No.

—¿No hiciste el amor con ningún otro?

—No.

Otto sonrió.

—Lo que quiere decir, si no me equivoco, que el último fui yo...

—Sí.

Werniger movió la cabeza de uno a otro lado.

—Nunca comprendí a ese tipo —dijo—. Aunque, en realidad; siempre sospeché que no era del todo normal, porque hay que ser anormal para no reaccionar ante algo tan hermoso y atractivo como tú.

—Yo no creo que sea anormal hasta ese punto...

—¿No?

—No. Lo que le ocurre es que no le atrae nada, no se fija en nada, fuera de su trabajo. Es un caso de pasión enfermiza hacia esas malditas máquinas.

—Vuelvo a decirte que es un imbécil. ¿Crees acaso que no me interesa, que no me apasiona mi trabajo? ¡Naturalmente que sí! Pero mi trabajo no es más que una parte de mi vida y no la más grande.

—Lo creo.

—Lo que pasa es que Munchen ha ido convirtiéndose poco a poco en un robot, no me extrañaría nada que, si abriésemos su cuerpo, encontrásemos circuitos en vez de carne y sangre.

—Le he querido mucho, Otto.

—Lo sé, pero me gusta tu empleo del pretérito, eso me da nuevas esperanzas, ¿me entiendes?

—Sí.

—Yo no soy como él.

Se inclinó, apoderándose de una de las manos de la muchacha, que se llevó a los labios.

—Te deseo, Erika, como nunca te he deseado.

—Lo sé.

—Quiero hacer el amor contigo.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Será como amarse sobre una nube...

Ella sonrió.

—También arde mi cuerpo, Otto, es la verdad.

—¿Y a qué demonios estamos esperando?

CAPÍTULO V

«Debería distraerse este fin de semana...»

Karl sintió un sabor amargo en la boca. Las palabras del director le habían causado un daño indecible; pero, evidentemente, Leffer no había obrado con malicia ni mala fe, ya que ignoraba que Erika había salido de Berlín.

¿Con quién?

No era el momento de pensar en ello, ni dejar que los celos clavasen en su pecho sus aceradas y envenenadas garras.

¿Celos?

Si los tenía, no eran de aquella maligna clase que hace que la mente se torne enfermiza y presa de obsesiones. Nunca había dudado que Otto y Erika se habían conocido íntimamente en aquel corto pero intenso noviazgo.

No le importaba.

Tenía la suficiente seguridad en sí mismo, conocía tan detalladamente la fuerza de su amor por ella, que estaba seguro de hacerla completamente feliz cuando llegase el momento.

Sí, sabía que si hubiese querido...

No fue por falta de atracción. La sola proximidad de la joven le enardecía de manera fulgurante, pero su mente estaba muy por encima de su cuerpo. Además, no quería en modo alguno hacer de su amistad con Erika una de aquéllas relaciones en las que la cama parece jugar el primordial papel.

No era un hombre de su época.

¿Y qué más daba? Estaba orgulloso de dar al amor una dimensión especial, no queriendo decir esto que minimizase la importancia del cuerpo. Al contrario. Pero, en el camino amoroso que él imaginaba, había muchos senderos antes de llegar al hecho...

Por otra parte, no deseaba que Erika se rindiera por su fogosidad

amorosa. Quería que ella se sintiese atraída, antes de por otra cosa, por su personalidad, por lo que él era en realidad, fuera de sus concretos valores como macho humano.

Trabajaría aquel fin de semana.

Procurando olvidar sus sufrimientos, esperando la llegada del martes, en el que confiaba poder hablar con Erika, pedirle perdón, prometerle salir con ella con mayor frecuencia.

Además, ¿no había fracasado en sus experimentos?

Podía consagrar el tiempo a vigilar la fabricación del nuevo tipo de M-D, ya que como le había dicho Leffer, se auguraba una gran venta de robots domésticos.

Había sido un idiota.

De los pies a la cabeza.

Pensaba llegar muy lejos en sus investigaciones, acercar la máquina más y más a la criatura humana. ¿Se tomaba acaso por un nuevo, Doctor Frankenstein?

¡Memeces!

Una máquina será siempre una máquina, por muy perfeccionada que esté. Mientras que, y eso es lo que debía empezar a meterse en la cabeza, una mujer como Erika es algo que no se fabrica ni se encuentra con facilidad.

¡Querida Erika!

«Cuando me vuelvas a ver, no vas a conocerme. Te demostraré mi amor y mi pasión como quieras, haciendo de tu felicidad mi solo y principal objetivo.»

La puerta del laboratorio se abrió.

Karl recorrió la amplia estancia de una intensa mirada. Notó que las piernas le flaqueaban, al tiempo que su corazón empezaba a latir con un ritmo alocado.

No era posible…

«R-008» no estaba allí.

¡SU ROBOT EXPERIMENTAL HABÍA DESAPARECIDO!

* * *

Tras recorrer el laboratorio con grandes zancadas, Karl maniobró la cerradura numerada de la caja de seguridad, abriendo la puerta de par en par.

—¡Qué idiota soy!

Nadie, excepto él, conocía la combinación. Y, lógicamente, la

caja no contenía más que lo que escondía allí; especialmente muestras y cultivos de «neurones».

Cerró la puerta, con rabia, precipitándose hacia el intercomunicador individual, oprimiendo con cólera el botón número 154, correspondiente a su ayudante.

Casi en seguida, la voz de Alfred llegó a él por el altavoz incorporado:

—¿Sí?

—¿Dónde diablos se ha metido usted, Kurtizer? —inquirió Munchen con voz airada.

—Estoy en la sección de pieles, señor. No sabía que usted me necesitaba.

—¡Venga en seguida!

—Ahora mismo.

Karl encendió un cigarrillo, mientras que su cerebro intentaba encontrar una explicación, pero la llegada de su ayudante cortó bruscamente el hilo de sus penosas connotaciones.

—Señor...

—Oiga, Alfred, conteste con cuidado; primero, ¿vino usted al laboratorio esta mañana?

—Desde luego que sí, señor. Como siempre, y le esperé hasta bien pasadas las nueve y media.

—Bien, bien, entonces, usted vino directamente aquí.

—Ya se lo he dicho, señor.

—¿A qué hora?

—A las ocho en punto.

—¿Qué vio usted aquí?

Alfred frunció el ceño, intentando descubrir lo que tanto parecía preocupar a su jefe.

—No entiendo...

—¿Quién estaba aquí?

—¿Aquí? Nadie, señor, además usted sabe que no se puede abrir desde fuera más que con la cerradura digital que registra únicamente sus huellas dactilares y las mías.

—Es cierto.

—Nadie puede entrar aquí, señor, más que usted y yo.

—¿No vio entonces nada?

—No sé a lo que usted se refiere.

Karl se mordió los labios.

No podía hablar del robot. De ningún modo. Pero, por otra parte, se estaba dando cuenta de que estaba haciendo daño a Alfred, ya que su desconfianza debía despertar sentimientos de dolorosa culpabilidad en el corazón del joven.

Se forzó a sonreír.

—Lo siento, Alfred, estoy nervioso, pero he obrado como un tonto... ahora recuerdo dónde lo dejé.

—¿El qué, señor?

—El controlador electrónico que traje de mi casa —tenía que mentir por la fuerza—. Se trata de un aparato de mi invención, lo traje aquí anoche para comprobar ciertos circuitos.

—¿No lo habrá encerrado en la cámara de seguridad, señor?

—No. Es la primera cosa que he revisado al llegar pero ahora acabo de recordar que me lo llevé de nuevo a casa.

—Me alegro, señor.

—Estaba tan cansado anoche, que ni siquiera me di cuenta de lo que hacía.

—Quisiera decirle algo, profesor.

—Hable.

—Trabaja usted demasiado, señor, debería descansar un poco:

Tranquilo, al haber conseguido engañar a Kurtizer, Karl esbozó una sonrisa.

—Creo que tiene usted razón, Alfred, voy a irme a casa, me tenderé en la cama y dormiré cuanto pueda.

—Es lo mejor.

—¿Cómo va la fabricación de pieles?

—A pleno rendimiento, profesor. Según mis cálculos, podremos recubrir doscientos robots por hora...

—¡Estupendo! ¿Qué tal su aspecto?

—¡Sublime!

La sonrisa se acentuó en los labios de Munchen.

—No hay que exagerar.

—Es la verdad, profesor. Todo el mundo está maravillado por la perfección de su trabajo y no paran de llegar gentes de todos los departamentos, que desean admirar el aspecto bellísimo de los nuevos robots domésticos.

—¿De veras que va mucha gente?

—Todo el mundo desfila por allí.

—¿Incluso los de los robots industriales?

—Todos.

—¿También el profesor Werniger?

—No, el profesor no ha pasado por la sala de montaje, señor.

—Lo sabía. Otto no se rebajaría nunca a visitar algo salido de mis manos.

—No es eso, profesor. El profesor Werniker está ausente, según he oído, ha ido a pasar el fin de semana lejos de la ciudad. No regresará hasta el martes.

Karl sintió una punzada en el pecho.

EL MARTES...

«Estaré ausente hasta el martes, si desean dejar un mensaje...»

Se le llenó la boca de amargura.

—Bien, creo que necesito ese descanso, confío en usted, mi querido Kurtizer.

—¿Le ocurre algo malo, profesor? Se ha puesto usted muy pálido...

—El cansancio acumulado, no es nada.

—Cuídese, señor.

—Lo haré. Hasta el lunes, Alfred.

—Hasta el lunes, profesor.

La había perdido.

Irremisiblemente.

De nada servía que se desgarrase ahora las vestiduras. Tenía que suceder así. Y el único culpable era él. No supo tratarla como merecía, la desatendió por su maldito trabajo, rehusó el generoso ofrecimiento que ella le hizo, repetidas veces, cuando la vio vibrar de deseo junto a él...

Ahora ya no le cabía la menor duda de que estaba con Otto, en cualquier parte del país o lejos de él y que, como fatalmente debía ocurrir, ella caería rendida en sus brazos.

Había trabajado tanto tiempo con seres de metal y cables, que olvidó por completo que había criaturas de carne y hueso, con corazón y cerebro. ¡Imbécil!

Sin embargo, ¡cómo la amaba! ¡Cómo seguía amándola!

Quizá la fuerza incontenible de aquel cariño, el gran respeto que sentía hacia ella, habían sido los principales motivos del

distanciamiento que ahora se producía.

¿Por qué no se había comportado como cualquier hombre lo habría hecho junto a una mujer tan hermosa como Erika?

¡Cielos!

Sin embargo, la había deseado y sólo una voluntad de hierro y el terrible miedo a faltarle el respeto, hicieron posible que se resistiera cuando su carne reclamaba apasionadamente en contacto con la carne de ella...

Había obrado como un necio.

Ella no era una estúpida y poseía una inteligencia verdaderamente superior. Encargada de una de las casas de modas más importantes de Alemania, quizá del mundo, era una excelente diseñadora y poseía un gusto artístico exquisito.

Además su cultura era amplia y había viajado mucho, interesándose especialmente por la Etnografía. Su casa estaba llena de películas y cintas de vídeo en las que había recogido las experiencias de los lejanos países que había deseado.

Pero era una mujer...

Una mujer de carne y hueso que conocía a la perfección las necesidades de su cuerpo, como sabía las de su espíritu. Una mujer completa, casi perfecta...

La había perdido.

Porque Otto no era de aquellos hombres que sueltan fácilmente la presa, aunque fuera la segunda vez que le echaba el anzuelo. Werniker iba a proporcionar a Erika lo que necesitaba: atención, cariño y placer...

Detuvo el coche en el interior del parking de su casa. Con paso cansino, la espalda encorvada, como un anciano, fue hacia el ascensor, oprimiendo el botón del piso 21, en el que estaba situado su apartamento.

Le daba grima de sólo pensar que iba a encerrarse en su piso, que iba a quedarse solo, durante tres días, con el triste panorama de roer su dolor a lo largo de tantas y tantas horas.

Pero no estaba dispuesto a tomar ningún calmante, ni a ponerse bajo la lámpara de su aparato de, «resting», aquella nueva invención que proporcionaba una tranquilidad absoluta, como si se cayera en un profundo y dulce nirvana...

No, no lo haría. No le gustaban los paraísos artificiales de

ninguna clase.

Si tenía que sufrir, sufriría. Mascaría su dolor, lo rumiaría. Era una especie de castigo que tendría que imponerse hasta convencerse de que debía cambiar, ser otro, completamente distinto, si es que deseaba verdaderamente reconquistar a Erika.

Erika...

El nombre estalló en su garganta como si estuviese masticando un cardo. Le parecía increíble que ella estuviese, en aquellos momentos, en los brazos de Otto.

Porque conocía a Werniger, porque sabía que aquel hombre era incapaz de amar, y que sólo" le guiaba el deseo en sus nuevas relaciones con Erika.

Todo el mundo conocía un poco las aventuras amorosas de Werniger, que con su nuevo vehículo aéreo, su lujoso apartamento en las afueras y sus dos o tres casas de campo lejos de la ciudad, era el típico play-boy, habituado a que su ostentación le abriera el camino hasta la cama de sus numerosas conquistas.

No, nunca haría feliz a Erika.

Ni a nadie.

Pensaba únicamente en su propia felicidad, en su placer personal y en la ostentación que sus triunfos amorosos le proporcionaban, aquella fama de Don Juan que tanto parecía complacerle.

Abrió la puerta.

Ahora sí que sentía celos, dolorosos y primitivos, segregados por las imágenes que su mente le servía, y en las que veía a los dos, Otto y Erika, revolcándose en un lecho...

¡Maldita sea!

De haberle tenido a su alcance, le hubiese golpeado con saña, con rabia, con odio, tratándole como el animal dañino que era.

Cerró la puerta.

Arrastrando los pies, como un viejo, se dirigió hacia el amplio salón, situado en la parte delantera del apartamento, y cuyos enormes ventanales daban a la terraza desde la que se veía gran parte de la ciudad.

Movida por el mecanismo fotoeléctrico, la doble puerta corrediza se abrió silenciosamente sobre sus carriles.

Karl se quedó boquiabierto.

¡EL ROBOT ESTABA ALLÍ, SENTADO EN UN SILLÓN!

CAPÍTULO VI

—¿Eres feliz?

—Mucho...

Con un pantalón corto por toda prenda, de pie junto al ventanal entreabierto, Otto miró golosamente el cuerpo desnudo de Erika, que yacía indolentemente en la cama.

Una agradable sensación de orgullo masculino le subió al rostro, haciendo que el brillo de sus ojos se hiciese más vivo.

La había conseguido.

Sencillamente. Mucho más que la primera vez. Y gracias a aquel cretino de Munchen que no había sabido tratarla, proporcionándole lo que ella deseaba ardientemente.

«Esa es la mejor arma para un hombre como yo... —pensó sin dejar de admirar la maravillosa escultura viviente que sé ofrecía a sus ojos—: porque hay una cosa que ninguna mujer perdona, el desprecio que un hombre le hace al no complacerla...»

Había conocido decenas de casos como aquél. Casadas o solteras, con marido o amante, las mujeres aguantan todo menos ese estúpido desprecio que la costumbre o el cansancio producen en los que ellas aman.

Esposos agotados por el trabajo, preocupados por los negocios, amantes caprichosos y variables, pasando de la fogosidad de una noche a la quietud malsana de una costumbre.

¡Pandilla de necios!

Afortunadamente, existían hombres como él, dispuestos siempre a llenar un vacío, a consolar, a hacer revivir el recuerdo de una pasión oculta bajo las cenizas...

Claro que él jugaba con ventaja.

Mientras que la mayoría de los hombres se obligaban a vivir con una mujer, durante un período de tiempo que podía cubrir una vida

entera, él no era más que un ave de paso, una novedad complaciente y deliciosa porque era de corta duración.

No estaba hecho para soportar largas relaciones. Porque tenía miedo. Terror a que le ocurriera lo que a los demás.

Sonrió.

Sabía, ahora mismo, que Erika sería un paso más, una aventura como tantas otras, y que cuando empezase a cansarse de ella, la dejaría en cualquier momento, sin que le importase lo más mínimo lo mal que ella lo pasase.

Pero, en el caso concreto de Erika, al placer que su cuerpo le había proporcionado, se unía el dulce sabor de la venganza, el saber todo lo que el estúpido de Karl Munchen debía estar padeciendo. Porque, en esta ocasión, no era la: mujer el objetivo, sino el hombre, aquel imbécil y creído al que deseaba hundir, antes de que se hiciera demasiado importante en el seno de la Gewerbefur Roboter.

¡Una jugada maestra!

Y con un final fácilmente previsible ya que estaba seguro de que en cuanto abandonase a Erika, Karl se precipitaría sobre ella para curar sus heridas. No podía fallar: era la archiconocida táctica de todos los idiotas.

—Este fin de semana —dijo Erika—, va a parecerme el más corto de mi vida.

—¿Por qué? Sólo estamos a sábado y nos quedaremos aquí hasta el lunes por la tarde…

—Muy poco tiempo, aunque después…

Se cortó la frase, al tiempo que su voz se hacía bruscamente frágil, como si se hubiese quebrado dé repente.

—Después —prosiguió tras un corto y penoso silencio—. ¿Qué va a ocurrir después, Otto?

—¿Y tú me lo preguntas?

Venció ella la vergüenza al pensar en que aquella aventura no fuera más que eso, una aventura. Se daba cuenta entonces de lo estúpida que había sido al abandonar a Karl, ya que, a pesar del placer experimentado junto a Werniger, sentía que no era lo mismo y que estaba echando terriblemente de menos a Karl.

Pero, después de lo que acababa de hacerle, ¿osaría presentarse de nuevo ante él?

¡Nunca!

Por eso deseaba agarrarse desesperadamente a Otto, como si supiera que, de no ser aceptada por él como algo definitivo, se encontraría más sola de lo que jamás había estado.

—¿Puedo preguntarte, algo, Otto?

—Sí.

—¿Vas a seguir conmigo?

Él se echó a reír, y hubo algo en aquella risa que no gustó nada a la muchacha.

—¡Qué cosas tienes! Pues claro, mujer.

No, no estaba convencida. Ni mucho menos. Una angustia terrible se apoderó de ella y, volviéndose boca abajo, se echó a llorar.

«¡Pequeña estúpida!», pensó Otto acercándose a ella.

De buena gana la hubiese plantado allí mismo dejando que regresara a Berlín por sus propios medios. Pero ella, después de todo, no era más que el instrumento de su venganza, el arma con la que deseaba destruir a Munchen.

Sabía lo que Karl amaba a aquella mujer y, presumía que al verse abandonado, se hundiera para siempre, olvidándose del trabajo, de sus investigaciones, considerando que era un fracaso y que lo mejor que tenía que hacer era desaparecer.

Se sentó en el lecho, acariciando sabiamente el cuerpo de Erika.

—No seas tonta, pequeña, sabes muy bien que nunca me separaré de ti.

Se volvió ella, ofreciéndole generosamente los labios.

Y después de un interminable beso:

—Otto...

—¿Sí?

—Tengo ganas de hacer el amor.

Era el pozo en que Erika deseaba lanzarse: un abismo de caricias y de placer, algo que le permitiera echar fuera de su mente las ideas que seguían torturándola.

* * *

Karl se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el robot, sin saber lo que hacer ni qué pensar. Como si su cerebro se hubiera embotado bruscamente.

—Buenos días, profesor.

¿Eh?

Debía estar sufriendo alucinaciones. No podía ser otra cosa. Ningún robot estaba programado para saludar de aquella forma, y todos los salidos de la sección de domésticos, decían únicamente. «Hola, señor o señora», dirigiendo esta frase ante cualquier presencia, masculina o femenina.

Lo único sorprendente es que sus células fotosensibles, que coincidían con sus ojos, habían sido dotados de sensores «hormonales», lo que les permitía, por las radiaciones emitidas por el cuerpo de la persona presente, saber si eran mujeres u hombres, saludando de una u otra manera, según el caso.

Naturalmente, la dificultad nacía entre lo travestís y bisexuales.

Karl, frunciendo el ceño, se dirigió al robot.

—¿Quieres repetir lo que has dicho?

—Con mucho gusto: Buenos días, profesor. ¿He cometido alguna falta?

—No, pero, ¿cómo sabes que soy profesor?

—¿No lo es usted acaso?

—Sí, pero...

—Usted es el profesor Karl Munchen, el hombre que además de descubrir el revestimiento cutáneo de la «dermatina», ha hecho posible, gracias a sus «neurones», que mi cerebro sea capaz de pensar por sí mismo...

—¡No!

—¿Por qué no? ¿Acaso no se lo estoy demostrando?

Incapaz de seguir en pie, Karl fue hacia uno de los sillones, en el que se dejó caer con un profundo suspiro.

—No lo entiendo.

—¿Desea que se lo explique?

—Sí.

—Sus «neurones», ¿no son en el fondo un remedo de células nerviosas?

—Lo son.

—Al colocarlas en mi cabeza y desde el mismo momento en que han empezado a funcionar, han tomado el control de los centros electrónicos, desarrollando lo que ustedes, los humanos, llaman actividad mental.

—Nosotros los humanos, entonces, ¿sabes lo que eres?

—Un humanoide.

Karl se estremeció de pies a cabeza.

—¡No! —gritó con verdadera desesperación—. ¡Tú eres un robot, una máquina! Yo mismo te he montado, pieza a pieza.

—Gracias por su colaboración, profesor, pero se equivoca respecto al resultado, yo no soy un robot, sino un humanoide.

—¿Ya qué llamas tú un humanoide?

—A lo que soy. Piense una cosa, profesor, un robot es, como usted dice muy bien, una máquina que depende exclusivamente de sus sistemas electrónicos, son ellos los que le dirigen, los que han sido programados para que él, que no es más que un cuerpo de metal, realice ciertos trabajos.

—Exactamente lo que eres tú.

—No, perdone, mi caso no es ése. Los circuitos electrónicos no mandan en mí, YO MANDO EN ELLOS. Yo soy un cerebro que se sirve de esos circuitos... es como si, hablando en hipótesis, fuera un hombre que sólo tiene el cerebro y cuyo cuerpo es una formidable y complicada prótesis, pero sólo eso.

Munchen se frotó las manos, que estaban cubiertas por un sudor frío y pegajoso.

—Vamos, profesor, ¿puede un robot aprender?

—Si se le adjunta un nuevo programa...

—¡Bah! No hablamos de esa clase de aprendizaje sino de un aprendizaje humano, sin programación previa, como yo lo he hecho desde que llegué aquí.

—Y hablando de eso, ¿quién te trajo?

—Nadie. Vine yo solo. Cuando me dejó en el laboratorio, pensé que lo mejor era reunirme con usted ya que conocía la existencia de ciertos problemas que iban a afectarle dolorosamente...

—¿De qué estás hablando?

—Luego se lo aclararé; sepa que salí de la fábrica sin que nadie me viera, puede ser, en parte, gracias al traje que me puse.

—¿Eh?

Karl se percató de que, cogido en el cepo del asombro, ni siquiera se había dado cuenta de que el robot iba vestido.

—¿Dónde cogiste eso?

—En el vestuario de la sección de domésticos. No podía salir desnudo a la calle, aunque no poseo ciertos detalles de los que

avergüenzan a los humanos...

—¡Cielos!

—Comprendo su extrañeza, profesor.

—Bien, bien, antes hablabas de ciertos problemas que me concernían y que tú conocías.

—Eso mismo dije.

—¿De qué se trata?

—De algo sumamente delicado pero, antes, permítame decirle que, entre los poderes que he adquirido en cuanto los «neurones» han iniciado su funcionamiento, está la telepatía.

A pesar de su tensión nerviosa, Munchen no pudo contener una risa que escapó de su boca como una catarata de hilaridad.

—¿Qué estupideces estás diciendo?

—Son realidades, profesor, yo pude ver lo que estaba haciendo el profesor Werniger.

—¿Cómo? ¿Conoces a Otto?

—No lo he visto nunca, es decir, no lo he visto de cerca, pero sí le conozco.

—¿Cómo lo has visto entonces? ¿Cómo sabes su nombre? ¿Y qué tiene que ver él con todo esto?

—Le vi desde el laboratorio, me percaté, nada más empezar a funcionar los «neurones», que gracias a la gama compleja de mi infraestructura electrónica, podía ver a distancia, oír a distancia y alguna que otra cosa más.

—¿Viste a Werniger?

—Sí.

—¿Qué hacía?

—Hablaba por visófono con la señorita Lostein.

Karl dio un salto, alzándose casi del sillón.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oye, profesor. Werniger hablaba con ella y la convenció para que fuera con él, en su nuevo rotor deportivo, a una casa que ha comprado en la Selva Negra.

—Himmelgott!

Estaba anonadado, no solamente por lo que el robot acababa de decirle, sino por el hecho mismo de ser informado por algo que, a pesar de todo, seguía pareciendo a sus ojos una simple máquina.

—Profesor...

Munchen alzó un rostro descompuesto por el dolor y los celos.

—¿Qué?

—Puedo tranquilizarle, señor, acabo de leer, ahora mismo, en la mente de la señorita Lostein.

—¿Cómo te atreves?

—Lo he hecho por su bien y puedo afirmarle que ella sigue enamorada de usted.

Una risa hueca partió de lo hondo de la garganta del ingeniero.

—¡Lo que me faltaba! Ahora sí que estoy seguro de que no eres un robot, sino un humanoide, lo que he puesto en tu maldita cabeza no sólo te ha dado inteligencia y ciertos poderes, también ha desarrollado los vicios de los humanos, la mentira, la hipocresía...

—Se equivoca, profesor. Conozco el significado de esos terribles defectos de los humanos, pero no poseo, por fortuna, ninguno de ellos puesto que no tengo ninguna clase de ambición.

—¿Eres neutro?

—No del todo. En este momento, siento un gran afecto hacia usted y hacia las personas que usted ama y un odio terrible al que no piensa más que en hacerle mal.

—¿Otto?

—Sí. El profesor Werniger, también lo he leído en su mente, no ama a la señorita y sólo intenta destruirle a usted, hacer que abandone sus trabajos.

Karl bajó la cabeza Estaba anonadado. Como todos los hombres de gran inteligencia, poseía un espíritu infantil, lo que le impedía creer que las personas, algunas, fueran tan malas como se decía.

Nunca le había gustado Otto Werniger, pero incluso cuando llegaron a sus oídos los fuertes ataques verbales que Otto se había permitido hacer a su costa, Munchen lo tomó un poco a broma, como si sólo se tratara de cosas de chicos...

Ahora comprendía que no era así.

Sólo su carácter inmaduro le había impedido ver las cosas con la crudeza que realmente existían. La prueba: Werniger no había dudado un solo instante en disparar la flecha envenenada de su odio y su envidia sobre el punto más vulnerable de Munchen: su amor por Erika Lostein.

Pero al alzar la cabeza y encontrarse ante el robot, sus preocupaciones personales parecieron fundirse, al tiempo que el

interés científico ocupaba la totalidad de su conciencia.

Por primera vez, desde que había llegado a su apartamento, se enfrentó, científicamente hablando, con la hermosa realidad que tenía frente a él. Y tuvo que luchar desesperadamente contra su propia incredulidad, ya que aquello era lógicamente inconcebible.

—¿Por qué viniste aquí?. —preguntó al robot.

—Me di cuenta, al tomar conciencia de mi existencia...

—¿Qué? —casi gritó Munchen.

—¿He dicho algo malo? —inquirió el robot con voz contrita.

—¡Una enormidad! —gruñó el ingeniero—. Afortunadamente, como creo, tus circuitos, y la mezcla con la actividad de los «neurones» han debido producir un verdadero caos, lo que hace que utilices palabras cuyo significado desconoces por completo.

—¿Se refiere usted a «conciencia», profesor?

—Desde luego que me refiero a ese vocablo. ¿Qué puedes saber tú de conciencia?

El robot tardó unos instantes en contestar.

—No sé si nuestros puntos de vista a este respecto van a ser concordantes, profesor, pero lo que sí sé es que tengo conciencia de mí mismo, es decir: sé lo que soy, conozco mi origen y también mis posibilidades y mis límites. Ahora mismo me doy cuenta de que, en cierto modo, estoy expresando lo que siento, aunque me doy cuenta de que, como ocurre a los humanos, parte de lo que expreso es producto de mi propia cultura, lógicamente adquirida...

Munchen se pasó la mano por la frente.

—¡Demonios encerrados! ¿Dónde has aprendido a hablar así? Ningún robot tiene esos conocimientos, en el fondo, no hace más que repetir, según la circunstancia, lo que lleva en sus circuitos de memoria grabada, es como un papagayo, o peor aún como un magnetófono.

—Lamento tener que insistir, señor Munchen-dijo el robot—, pero le ruego que no me llame robot, sólo lo soy en una parte, pero el resto es, permítame que se lo recuerde, humanoide.

—Lo que quieras pero, dime: ¿dónde has aprendido todo lo que sabes?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí. Desde que llegué hasta que usted se ha presentado, he

podido leer, aproximadamente, un centenar de libros...

—Pero, ¡si las estanterías de libros están cerradas con llave!

—No necesito tocar un libro, ni siquiera abrirlo para leerlo, profesor, recuerde, telepatía, lectura a distancia, a través de cuerpos opacos...

—¡Es increíble! La verdad es que no sé lo que hacer contigo.

—No creo, con permiso, profesor, que pueda usted presentarme en la fábrica y menos aún hacer público lo que ha conseguido... Poco sé aún de los humanos, pero sí lo suficiente para temer que mi caso sería muy mal recibido. Imagínese, una máquina, eso es lo que dirían, con inteligencia netamente superior a la suya, con poderes mentales prácticamente ilimitados.

Karl no pudo contenerse más.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó con visible irritación—. Un robot humanoide, o lo que sea, que además es pedante.

—No lo soy, profesor, y si me expreso así es porque, a diferencia de ustedes los humanos, mi conciencia carece de inconsciente y de super-yo. Yo no tengo que ocultar hechos malos ni acciones de las que debo avergonzarme, por eso no tengo inconsciente, como tampoco hay en mí mandatos impuestos por la costumbre, principios morales que frenen mi manera de ser, de ahí que carezca de super-yo...

—Entonces te consideras perfecto.

—No. No hay nada perfecto, señor. Pero soy como un recién nacido, adulto al mismo tiempo, que no lleva encima los traumas, complejos y miedos de una larga civilización y tengo, además, la inmensa ventaja de que mi cerebro posee, a su alcance, la maravillosa y exacta computadora que forman mis circuitos electrónicos...

—Entiendo.

—Mi pobre opinión, profesor, es que debe dejarme aquí hasta que encontremos alguna manera de mostrarme. Podría ser peligroso para usted y para mí...

Y como Munchen no dijera nada:

—Yo sé, señor, que sigue usted considerándome como una simple máquina y lo comprendo, yo mismo tengo un poco de miedo ante mi propia existencia, todavía no sé cómo soy ni lo que puedo o no puedo hacer. Aunque, en el fondo, desearía ser útil,

especialmente a usted.

—Gracias.

Y casi al mismo tiempo, volvió a estremecerse al darse cuenta de que una máquina había sido capaz de emocionarle.

CAPÍTULO VII

Lunes, martes, miércoles, jueves...

Karl pasó todos aquellos días trabajando, especialmente en la sección de revestimiento, vigilando las operaciones con las que se recubrían a la nueva serie de domésticos con las capas de «dermatina».

Trabajaba con tanto ahínco como podía, intentando alejar su mente de la angustia que le producía el no tener noticias de Erika, a la que ni siquiera se había atrevido a llamar por visófono.

También le preocupaba el robot, pero menos que al principio. Su entusiasmo por el formidable invento que había llevado a cabo había mermado, y es que más que ninguna cosa en su vida, era Erika quien centraba toda su angustiosa atención.

Oyó que Otto había regresado de su weekend y que el director le había enviado a Viena donde se estaba instalando una sección aneja del montaje para robots industriales.

En el fondo, Munchen se alegró de no tener que enfrentarse con Werniger, ya que no podía saber cómo reaccionaría si se hallase bruscamente ante su desleal rival.

Por la noche, al regresar a su casa, ni siquiera pasaba por el salón donde sabía se encontraba el robot. No quería verle sin saber exactamente por qué había adoptado aquella actitud.

Aunque, en el fondo, tenía clara conciencia de que no deseaba ver a la máquina, o al humanoide —empezaba a acostumbrarse a llamarle de aquella manera, incluso cuando pensaba en él—, por miedo a conocer detalles de Erika o de Otto que la extraña máquina hubiese captado gracias a sus poderes telepáticos.

No quería saber nada.

Prefería ignorarlo todo, concentrarse en el trabajo, ahuyentar, como fuera, aquellas ideas compulsivas que tanto daño le hacían.

Jueves...

Terminó su tarea, despidiéndose de Alfred y de los técnicos que trabajaban en la sección de revestimiento. Con paso cansino, más triste que nunca, fue al parking, condujo de forma absorta, hasta que sin darse cuenta se encontró ante la puerta de su piso.

Pero al abrir la puerta se encontró cara a cara con el robot.

—Buenas noches, profesor.

Munchen no contestó, cerrando la puerta tras él. Luego, mirando al hombre mecánico, dijo adelantándose a cualquier tipo de información que el otro desease proporcionarle:

—No quiero saber nada de tus manejos telepáticos, ¿entendido?

—Sí.

Aquella sumisión agradó a Karl, que pasando de la tristeza a una especie de divertimento, miró con fijeza su obra.

—Voy a ponerte un nombre.

—Me parece muy bien.

—Así no tendré que pensar, cada vez que me dirijo a ti, en si debo llamarte robot o humanoide. ¿Qué te parece Fritz?

—Me parece bien.

—De acuerdo, Fritz, ahora creo que tendrás que dispensarme, pero necesito descansar.

—Mi piel...

—¿Qué?

Empieza a rajarse, señor, se olvidó usted traerme una botella de alimento, mi «dermatina» se carga de toxinas, empiezo a sentirlo...

—¡Diablo, Fritz! Tienes toda la razón del mundo. Deja que mire.

El robot tendió las manos hacia el profesor. Pequeñas fisuras empezaban a aparecer sobre el dorso de la mano, lo que les daba el aspecto de manos de anciano.

—¡Qué barbaridad! Está bastante deteriorada, ¿cómo es que no me avisaste antes?

—Usted no vino nunca a verme, profesor.

Karl se sintió íntimamente avergonzado y confuso.

—Tienes razón, Fritz, no sé lo que me pasa en estos días, pero vamos a dar solución rápida a tu caso, iremos ahora mismo al laboratorio, tu piel está tan estropeada que no se puede esperar más. ¡Vamos!

* * *

Sentada en el lecho, con el rostro intensamente pálido, Erika encendió un nuevo cigarrillo. Todos los ceniceros de la casa estaban llenos, los platos sucios, los restos de la última comida que había hecho manchaban aún la mesa del salón. No estaba peinada, ni se había lavado desde la noche del lunes.

La noche del lunes.

Tras el aterrizaje en la terraza de la mansión de Otto, él la había traído en su coche, y había subido al apartamento con ella. Pero ya en pleno viaje de regreso, notó la muchacha que algo había cambiado en su acompañante.

Erika era lo suficientemente inteligente como para olfatear, presentir que algo le ocurría a Werniger y que el hermoso entusiasmo del primer día, que hizo aparecer a los ojos de la muchacha la posibilidad de reanudar la antigua amistad, se vino ruidosamente abajo.

Todo empezó cuando ella, en los brazos del hombre, le preguntó si la quería de veras y si aquel amor que parecía demostrar iba a conducirles al matrimonio.

Otto no dijo nada, pero ella notó que se envaraba, y el cuerpo del hombre se separó del suyo como si, en aquel mismo instante, una gigantesca barrera se alzase entre los dos.

Lo que siguió fue fatalmente el curso de una pendiente que les condujo a silencios cada vez más largos, hasta alcanzar la cota de una indiferencia completa.

Por eso, queriendo salir de dudas, en cuanto subió Otto al apartamento con ella, y habiéndole servido una copa:

—Creo que debemos hablar claro, ¿no es cierto?

Con el vaso en los labios, el hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—No podemos engañarnos, y menos ahora —dijo ella.

Estaba terriblemente tensa, como si adivinase lo que iba a ocurrir y, sabiéndolo, se echara toda la culpa encima por haberse dejado arrastrar por aquella estúpida y vacía aventura.

—¿Puedo preguntarte por qué me dejas? —se decidió a inquirir sin rodeos.

Antes de contestar, Werniger dejó el vaso, ya vacío, sobre la mesita que tenía delante.

—Te dejo porque me equivoqué aunque lo presentía.

—¿Te equivocaste? —se erizó Erika—. ¿En qué te equivocaste?

—En creer que eras la misma mujer de antes.

—¿No lo soy?

—No. Para mí, antes, significabas mucho si no todo, casi todo; ahora me he dado cuenta de que me dejaste por un estúpido y que con él te has equivocado, pero te has equivocado al desear reanudar lo nuestro, convéncete, Erika, ¡eres una perdedora!

—¿Cómo te atreves...?

—¿A decir la verdad? ¡Pero si salta a la vista! Si ese cretino de Munchen te hubiera poseído, hubiera ocurrido lo mismo este fin de semana, como más tarde con otro, es el triste destino que te auguro, ir de cama en cama, de hombre en hombre, sin convencer a ninguno de ellos de que vales la pena de dedicarte toda una vida.

—¡Canalla!

—¿Por qué te enfureces?

—Debías haberlo dicho antes, sincerarte antes.

Otto se encogió cínicamente de hombros.

—A veces me pareces completamente estúpida, como si no pertenecieses a este mundo. ¿Por qué dices que debería haberte avisado antes? ¿No te das cuenta de que tenía unas ganas enormes de hacer de nuevo el amor contigo?

—¡De eso te has aprovechado!

Werniger la fulminó con la mirada.

—¡No digas estupideces! Hablas como una mujer de hace dos siglos. ¿Acaso no has gozado tú también?

—¡Cínico! ¿Cómo puedes hablar así? ¡Pues claro que he gozado! La primera vez sí, ¿y sabes por qué? Porque para mí, que soy una mujer normalmente constituida, el amor es algo más que lo que ocurre en la cama. Antes me has llamado perdedora, es posible que lo sea, pero nunca, ¿me oyes?, nunca me entregué a un hombre al que no amaba.

—¡Muy emocionante!

—Cuando salimos de aquí, creí que volvías a quererme, estaba tan completamente loca que no te recordé como te había conocido, ni siquiera repasé mentalmente los motivos que me empujaron a dejarte...

—Poco fuertes debían ser cuando volviste a mí... Sólo tuve que hacer un gesto para que acudieses...

—¡Asqueroso pedante! ¿Qué sabes tú de lo que ocurre en el corazón de una mujer? Has tenido a muchas en tus brazos..., pero no tuviste, en realidad, más que cuerpos sin alma, pedazos de carne... Nunca fuiste lo bastante hombre como para llegar hasta el corazón de una mujer...

—¡Bobadas! Todas sois iguales... Sólo pensáis en vuestra alma cuando se ha despreciado vuestro cuerpo.

Ella lanzó un suspiro.

—Es igual. No hay posibilidad de hacerte entender..., tu propio orgullo de macho te ciega... Prefiero ser una eterna perdedora..., a un ganador de tu clase...

—¡Olvídame! Y si alguna vez deseas a un hombre..., búscalo por otro lado. Has dejado de interesarme por completo.

* * *

El robot estaba tendido en la mesa de experimentación. Karl le había ordenado que se desnudase, y ahora examinaba con toda atención la recuperación de la piel, que había recobrado un tono natural, al tiempo que las fisuras estaban desapareciendo rápidamente.

—Ha resistido más de lo que yo creía... —pensó Munchen en voz alta—, pero tendré que dar instrucciones concretas para que no se produzcan estos fenómenos en los domésticos.

Se encontraba de excelente humor, y aunque se había percatado de que su tristeza había desaparecido, lo atribuyó al hecho de haber vuelto a interesarse por su trabajo, olvidando las dolorosas cuitas que le habían deprimido tanto.

—Profesor...

Karl miró al robot. Ahora le parecía completamente normal hablar con la máquina, y hasta consideraba, por las pruebas que el robot le había proporcionado, que existía debajo del cráneo de metal ligero una cierta dosis de inteligencia.

—¿Sí?

—Se encuentra usted mucho mejor, ¿no es cierto?

—¿Tanto se nota?

Yo lo percibo claramente..., usted sabe que soy capaz de saber lo qué pasa en su mente...

Una nube ensombreció un tanto la expresión risueña del hombre.

—Es algo que no me gusta demasiado... —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. A ningún hombre le gusta que alguien penetre en el mundo personal de sus pensamientos..., quizá por eso nos sentimos molestos ante ciertos fenómenos telepáticos...

—Lo sé.

—Por eso mismo... —y la voz de Munchen se endureció bruscamente—, por nada del mundo produciría en masa robots de tu tipo... La gente no los querría, ni regalados...

—Es natural.

—Entonces, si sabes todo eso, deberías al menos prohibirte el penetrar en el cerebro de nadie..., es, además de indiscreto, inmoral... ¿Entiendes el sentido de esta última palabra?

—Me cuesta entenderlo..., aunque lo comprendo bastante bien. Sé, por lo que llevo leído, que muchos humanos desean ardientemente que otra persona lea en su mente, que encuentre en ella todo aquello que les hace daño..., complejos, fobias... Creo que ustedes llaman a eso tratamiento psicoanalítico.

—Es cierto..., pero no olvides que quien acude a un psicoanalista, lo hace voluntariamente..., y que tú, en este caso concreto, no tienes ningún derecho a ahondar en mis pensamientos sin permiso.

—Perdone, profesor..., lo hice simplemente para comprobar si el «neurón» M tenía esas particularidades que yo pensaba...

—¿De qué estás hablando?

—Es muy sencillo..., cuando activé el funcionamiento de ese «neurón», noté que emitía una especie de energía y que, al recibirla, usted se ponía contento...

—¡Estás loco!

—No, profesor..., estoy diciendo la verdad..., y para demostrarlo, voy a reactivar más aún ese nódulo M...

Fue formidable.

Karl sintió que una gran paz se instalaba en su conciencia, que todas las ideas que se producían eran francamente optimistas, y que pensara en lo que fuera, incluso en Erika, se veía de nuevo junto a ella, caminando por un mutuo sendero de felicidad sin límites.

—¡Deja de activar ese maldito nódulo!

Lo gritó con rabia, imponiéndose aquella idea, con el íntimo convencimiento de que toda aquella euforia que inundaba su

espíritu era completamente falsa y, por ende, indeseable.

—Ya lo he hecho.

—¡Considero un verdadero crimen el alterar el humor natural de una persona!

—No estamos de acuerdo, profesor. Mejor que yo, usted sabe que el humor es producto de la acción de ciertas sustancias químicas en el cerebro...

—Es cierto...

—La afectividad depende en gran parte de esas sustancias..., y lo que hacen las radiaciones de mi nódulo M es anular los productos nocivos, liberando lo que podíamos llamar «sustancias optimistas».

Munchen estaba perplejo.

—Todo lo que yo deseaba al investigar sus reacciones, profesor —siguió diciendo el robot—, era llegar a una conclusión práctica que impondría definitivamente a los domésticos, sin que nadie volviera a rechazarlos.

—No entiendo.

—Si usted colocara en cada uno de ellos un nódulo M, la tristeza y la depresión desaparecerían de los hogares con un doméstico... ¿Se da usted cuenta de los resultados?

Un brillo de admiración se pintó en los ojos de Karl.

—¡Es estupendo! —dijo, pero casi en seguida frunció el ceño, al tiempo que su voz se endurecía un tanto— No, no quiero poner en ningún robot algo que produzca lo que ha ocurrido contigo, Fritz... ¡Ya tengo bastante contigo!

—No se trata, profesor, de incluir en los circuitos sistemas complicados de «neurones», como usted ha hecho conmigo... Usted sabe ahora que la acción del nódulo M afecta sólo el temperamento, la afectividad de las personas que se encuentran cerca de la máquina... ¿Qué puede tener de mal el incluirlo dentro de los domésticos? Al contrarió, haciéndolo contribuirá usted a dar a muchos humanos una hermosa, dosis de felicidad...

La seriedad no desapareció del rostro del nombre.

—Es posible que acepte..., tu idea, pero no va a hacer desaparecer la preocupación que me causa tu caso... Es posible que tú no te des cuenta de ello, Fritz, pero al dotarte de inteligencia..., es como si hubiese violado una ley sagrada...

Hizo una corta pausa.

—Porque... —dijo al cabo de un instante—, te he proporcionado un cerebro puramente químico..., como del que tú hablabas antes..., y, mi querida máquina, no todo es química en el cerebro del hombre. ¡De eso estoy completamente seguro!

—No puedo discutir ese asunto... —dijo el robot—. Al entrar en su mente, también yo me he percatado de que hay algo más que química... Yo acabo de estrenar ese cerebro que usted me ha dado..., y sé que puedo razonar..., y hacer cosas que muchos humanos son incapaces de realizar..., pero, al mismo tiempo que eso me proporciona una especie..., de alegría, de orgullo, siento en mi interior mi propia incapacidad de humanoide..., porque sé que soy imperfecto..., anormal, monstruoso...

La emoción clavó su acerada punta en el pecho de Munchen. Estaba tremendamente impresionado, ya que de las palabras que el robot acababa de pronunciar, colegía la existen de algo «más» que los simples «neurones» que había colocado entre los circuitos cerebrales de aquella máquina.

No podía dudar ahora, en modo alguno, de que el robot, Fritz, tuviese una clara conciencia de sí mismo: de carecer de ella, hubiera sido incapaz de hablar de su propia esencia, de su asombroso destino.

¿Qué había hecho? Tenía la dolorosa idea de haber atravesado una frontera prohibida, dotando de inteligencia a un montón de circuitos con vaga apariencia humana.

Cosa extraña..., no se sentía orgulloso de su obra, sino más bien asustado de lo que había conseguido. Un temor impreciso flotaba insidiosamente en su alma, una sensación de culpa, como cuando se ha cometido un pecado o se ha transgredido una ley importante.

Estaba dispuesto, por otra parte, a aceptar la fabulosa idea de Fritz, incorporando a la serie de domésticos aquel nódulo que contribuiría a sembrar la paz y la concordia en los irritantes seres humanos.

Fritz se puso en pie, abandonando la mesa, su piel habiendo recobrado todas sus características normales.

Karl le miró con fijeza.

Tenía miedo.

Miedo a considerar que se encontraba ante una «máquina» pensante..., pero mucho más de hallarse frente a alguien capaz de

comprender que existía.

Al sentir su propia existencia, el robot había atravesado la línea de la máquina, penetrando de lleno en el mundo arcano de la criatura humana.

¿Debía destruirlo?

Notó un breve cambio en la intensidad del brillo de los ojos del robot. Y se estremeció al pensar que Fritz hubiera podido leer en su mente lo que estaba pensando.

Segunda Parte
LA DECISIÓN

«Nunca pude sospechar que una simple reunión de elementos vivos, cuya sustancia, obtenida por síntesis, tenía cierto parecido con la que compone el sistema nervioso de los seres humanos... Nunca pude sospechar que esos sencillos nódulos fueran capaces de desarrollar un instinto tantálico, un instinto de muerte. Porque me parecía absurdo que una máquina, por complicada que fuera, pudiera llegar tan lejos. »E1 destino, el más horrible de los destinos, iba a demostrarme que estaba equivocado.»

(De los cuadernos de notas del profesor Karl Munchen, de la Gewerbefur Roboter, de Berlín).

CAPÍTULO VIII

—¡Hay que destruirlo, señor ingeniero!

Otto se mordió los labios. Estaba de pésimo humor, y mientras, a bordo de su rotor de lujo, cruzaba el país para dirigirse a la Sociedad Minera Kremmer, iba pensando con amargura y rabia en los últimos acontecimientos, que habían echado a rodar sus planes contra Karl Munchen.

Aunque..., no del todo.

El joven profesor no había vuelto a ver a Erika, y eso alegraba a Werniger. Su sistema de espionaje le había demostrado que Karl llamó infinidad de veces a la muchacha, pero que ésta se había ausentado de su casa, sin que nadie tuviese la más remota idea del lugar al que se había ido.

Indudablemente, Otto contaba con esto como factor desencadenante de la decadencia profesional de su rival. Estaba seguro de que Karl, quien amaba sinceramente a Erika Lostein, no podría resistir ni el hecho de saber que había estado con Werniger en su finca de la Selva Negra, ni el no volverla a ver, ya que su cariño hacia ella le empujaría a perdonarla..., lo que se traduciría por un abandono completo de sus trabajos de investigación.

En esto, Werniger se había equivocado.

La víspera, había oído que Munchen había conseguido un nuevo éxito, incluso superior al descubrimiento de la «dermatina» y que Hans Leffer, el director de la empresa, estaba loco de contento, sin medir los elogios que no paraba de hacer de su joven profesor.

La cólera acompañó a Otto durante todo el vuelo. Había sido llamado con toda urgencia de aquella empresa minera donde trabajaban cerca de ochocientos robots industriales, salidos todos de la sección dirigida por Werniger.

Y ahora, en el despacho del director de la empresa, Adolf

Tressinger, se le recibía con aquellas palabras histéricas, que ocultaban apenas una dura crítica contra su trabajo.

—Yo creía —decía el director del conjunto minero—, que ustedes habían dotado a sus robots de mecanismos de protección...

—Los tienen, herr Tressinger —repuso Otto con tono adusto—. Pero, antes, de llegar a una conclusión lógica, ¿quiere decirme lo que ha ocurrido?

—¡Hay que destruirlo!

—Lo haremos..., pero por favor..., explíqueme...

—¡Una repugnante máquina! ¡Eso es lo que es su robot! Un robot capataz, que ha costado muchos miles de marcos! ¡Una vergüenza! Porque, ¿sabe lo que ha hecho?

—Si no me lo dice usted...

—Ha destrozado dos perforadoras..., nuevas, último modelo..., medio millón de marcos destrozados... Himmelgott! Además, como hemos podido ver por el circuito cerrado de TV, ha reducido a añicos a once de los robots obreros...

—Es inexplicable...

—Será todo lo inexplicable que usted diga..., pero voy a exigir daños y perjuicios..., y su empresa va a encontrarse con una nota de gasto que no hará reír a nadie...

—No se preocupe por el lado crematístico, señor... Los seguros cubrirán los daños...

—¡Y la pérdida de trabajo! ¡Y la caída de la producción!

—Todo...

—¿Y mi estado de nervios?. ¿Y el disgusto? Quiero que destruya ahora mismo a esa horrible máquina, que la reduzca a un montón de chatarra. ¡lo que nunca debió dejar de ser!

—Está bien..., voy a hacerlo... Ordene que me acompañen hasta la galería 17, que es donde se ha producido esa anormalidad...

—¡Bonito eufemismo para cubrir la palabra catástrofe! Además... no espere que haya ningún loco que le lleve hasta la 17..., le dejarán en la 16..., y usted tendrá que bajar solo, en el ascensor... Ningún empleado de mi industria quiere enfrentarse con esa máquina loca.

—No se preocupe..., bajaré yo solo...

Cogió el maletín que había dejado sobre la mesa. Después, acompañado por un equipo de mineros, descendió hasta la 16,

donde los otros salieron del ascensor, mirándole como se mira a un hombre que va por sus propios pies a cadalso.

Otto dejó que las puertas del ascensor se abrieran, una vez llegado a la galería 17. Sacó del maletín una especie de linterna de grandes dimensiones, y empuñándola con decisión, empezó a caminar por la galería en la que reinaba un gran silencio.

Tras diez minutos de camino, tropezó con lo que quedaba de las dos hermosas perforadoras: metal retorcido, cables arrancados…, un poco más allá vio los restos del primer robot obrero, luego los de un segundo, un tercero…

Era, como ya sabía, un robot de grandes dimensiones, gigantesco, con una cabeza perfectamente cuadrada, dotada de ojos electrónicos redondos como platos. Era un capataz o, como se decía en la fábrica de. Berlín, un ordenador de equipo, capaz de suministrar toda clase de datos, de regularizar el trabajo y de obtener, en el mínimo espacio de tiempo, una producción perfectamente satisfactoria.

Se acercó despacio al robot.

Sabía que tenía que obrar con celeridad, sin vacilación alguna, si no quería correr un gran riesgo, un riesgo mortal…

Cuando el colosal hombre-máquina avanzó hacia él, como un extraño gigante, Otto comprendió que los ojos fotoeléctricos había captado su imagen y que, por algo que desconocía aún, el robot iba a desencadenar sobre él su furia destructora.

El brazo armado con la linterna se alzó, oprimió Otto el botón, y un haz de luz azulada cayó sobre el robot.

La linterna era, en realidad, un «desconectador» automático de los circuitos «motores», accionado a distancia. Nada más la luz cayó sobre el cuerpo metálico, el robot se quedó inmóvil, no tardando ni un par de segundos en apagarse la luz de sus grandes ojos redondos.

Otto sonrió.

Acercándose a uno de los visófonos instalados en la pared de la galería, llamó a la dirección, aunque sabía que le estaban observando por el circuito de TV.

Dos horas más tarde, llevando a bordo del rotor el enorme cuerpo del robot, Werniger volaba hacia Berlín.

* * *

—Van a llamar…

Karl, que estaba tomando su café a sorbos, alzó la cabeza para mirar al robot. Aquella noche, Munchen había decidido volver a su piso, ya que deseaba descansar unas horas, tras el arduo trabajo desarrollado en la implantación del nódulo-M a los nuevos domésticos preparados ya para su distribución y venta.

—¿Qué quieres decir, Fritz?

El humanoide llevaba unos días sumido en un extraño silencio, aunque, en realidad, debido a su trabajo en la sección de domésticos, Karl no había tenido tiempo de estar a su lado, dejándolo en el laboratorio, y llegando a olvidarse casi por completo de él.

—La señorita Lostein...

Karl se estremeció.

—¿Qué dices? ¿Por qué hablas de Erika? Te prohibí que utilizases tus poderes telepáticos...

—Y no me he servido de ellos, profesor..., pero he percibido su deseo de llamar por el visófono y...

El zumbador del aparato le cortó la palabra, al tiempo que la pantalla se iluminaba. Nervioso, Munchen acercó una silla al aparato, estremeciéndose de emoción al ver el rostro de Erika en el ovoide.

—Karl...

Munchen notó que era incapaz de pronunciar una sola palabra: era como si sus cuerdas vocales se hubiesen paralizado bruscamente.

—Karl..., no sé lo que decirte..., he sido una cobarde..., y no quiero justificarme... No, no creas que te llamo por nada concreto..., pero me sentía tan culpable, que sólo quería decirte que me perdonases..., y que me olvides...

—¿Por qué hablas así? —consiguió articular el hombre—. Yo no soy nadie para perdonarte..., además, siempre te he comprendido... También yo he reflexionado mucho, muchísimo, desde que dejé de verte..., y si tú te consideras culpable, yo sé ahora que soy el más estúpido de los hombres...

—¡No digas eso!

—Es la verdad, por mucho que me duela... Es cierto que, para un hombre como yo, el trabajo..., y especialmente el entusiasmo por la investigación, son parte importante en mi vida... ¡pero no hasta el

punto de anteponerlos a mi propia felicidad! En vez de dedicarme de manera exclusiva a mis robots…, hubiera debido percatarme de que estabas a mi lado…, y de que eras una mujer de carne y hueso…

—Yo siempre te he deseado, Karl…, más que a nadie en el mundo.

—También te deseaba yo…, pero mi trabajo…, y ciertos estúpidos escrúpulos…

—Te quiero…, si es que sigo significando algo para ti.

—¡Sigues significándolo todo!

—Estoy muy sola, terriblemente sola, Karl…, he pasado todo este tiempo en casa de mis parientes…, en Dresde…, pero no podía más…, tenía que hablar contigo, volver a verte…

—¿Quieres que vaya a tu lado?

—¡Lo estoy deseando!

—Antes de diez minutos estaré allí…

—Te espero, amor mío…

Se apagó la pantalla, y Karl, olvidándose de todo, empezó a saltar y bailar en el salón. De repente, al ver al robot, soltó una carcajada.

—¡No me tomes por loco, Fritz! Además…, ¿qué puedes entender tú de algo como el amor?

—Es verdad, profesor…, yo no puedo entender eso…, ya que carezco de sentimientos.

CAPÍTULO IX

—Tome asiento, Werniger.,., y dígame si ha obtenido algo positivo... Este desgraciado asunto me trae de cabeza... No es el dinero de la indemnización, que pagará el seguro, sino la mala impresión que ha causado en todos nuestros grandes clientes industriales..., ¿sabe usted que exigen que se revise a todos los robots capataces?

—Lo suponía.

—¿Ha examinado usted ese..., ejemplar?

—Sí.

—¿Y qué?

—Se ha producido un fenómeno de inducción absolutamente imprevisible..., y anormal. Al fundirse los sistemas de seguridad, que como usted sabe paralizan al robot en estado de funcionamiento anormal, se han generado nuevos campos electromagnéticos, disparándose los circuitos de autodestrucción, pero vertidos hacia el exterior.

—Explíquemelo de forma más clara.

—Bien..., usted sabe que todas nuestras máquinas poseen un circuito de protección..., cuando algo anormal se produce en el robot, el circuito de seguridad opera, paralizando a la máquina; pero, si por algún motivo, el robot sigue actuando, esta vez de forma peligrosa, entra en función un nuevo circuito, al que jocosamente llamamos kaputt..., lo que significa que el robot se autodestruye de forma irreparable, quemándose por el interior.

—Bien. ¿Qué más?

—En el caso que nos ocupa, y según he podido ver en el robot, los mecanismos de seguridad funcionaron en el momento oportuno..., no así los circuitos de destrucción propia, que en vez de aplicarse contra el robot, actuaron hacia el entorno, convirtiendo a

la máquina en un robot agresor.

—¿Y de quién es la culpa?

—De un calentamiento excesivo de ciertas conexiones..., ya he ordenado incorporar un sistema de refrigeración mayor del que llevaban hasta ahora.

Hans Leffer lanzó un suspiro.

—¡Qué desgracia! Pero, sin querer ofenderle..., creo que debía Usted haber pensado, en esa clase de posibilidades...

—Es la primera vez, director.

—¡Y espero que la última! No me gusta hacer comparaciones, que siempre son odiosas, pero si su departamento hubiese tenido a su cabeza un hombre como Munchen...

Otto torció el gesto.

—No me gusta nada lo que dice usted, señor...

—Perdone..., me he dejado ir por el entusiasmo. Es que Munchen no hace más que proporcionarme alegrías..., lo que acaba de conseguir con los domésticos ha sido un triunfo clamoroso...

—Me alegro por él... —mintió Werniger.

—Todo le va a pedir de boca..., ¿sabe que ha vuelto con su prometida?

—¿Ah, sí...?

—Sí. Ahora vive con ella..., y si no me equivoco..., ¡vamos a tener boda muy pronto!

—Me alegro..., señor..., ¿quiere usted algo más?

—No. Y no tome en cuenta mi amargura..., de todo corazón, ingeniero Werniger, deseo para usted los mismos triunfos que para su brillante colega...

—Danke, herr Direktor!

* * *

—Lo siento, Fritz... Siento mucho tener que dejarte aquí..., pero, por el momento, no puedo hacer otra cosa... ¡Soy tan feliz! Ahora me gustaría, en contra de lo que siempre he pensado de ti, que poseyeras la suficiente sensibilidad como para darte cuenta del gozo que rebosa de mí, que brota de cada poro de mi cuerpo.

Volvió a su habitación, trayendo un nuevo montón de ropa que colocó en la maleta.

—Es maravillosa, Fritz..., una criatura insuperable... ¡Cielos! Sólo mi ceguera profesional me impidió darme cuenta de todo lo

que ella me ofrecía…

Movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué sabes tú de eso, Fritz? Pero si sintieses, como yo, vibrar cada fibra de tu cuerpo…

El robot estaba inmóvil, con sus redondos ojos fijos en el hombre, con un rostro humano que carecía totalmente de expresión.

Una idea extraña corría por sus circuitos.

«VAS A MORIR…»

Después de alojar unas, camisas, Karl lanzó una rápida ojeada al robot.

—Hay mucho que hacer, Fritz… Ahora que te veo, me doy cuenta de que Erika tenía razón… Lo hablamos anoche…, y ella me demostró, en contra de lo que yo creía, que se interesa por mi trabajo…

Sonrió. Era la estampa misma del hombre feliz.

«VAS A MORIR, PROFESOR…»

—¿Sabes lo que me dijo Erika? Que el rostro de los domésticos no estaba completo…, que a pesar de ese descubrimiento que hace que emanen ondas de paz y tranquilidad, deberíamos acompañar esa manifestación con una expresión cambiante, pero sonriente y agradable…

«TAMBIÉN VA A MORIR ERIKA, PROFESOR…»

—¡Es una chica estupenda! Y es verdad lo que dice…, si pudieras mirarte en un espejo, verías que tu rostro no expresa nada…, y en tu caso, Fritz… Himmelgott! Ahora me doy cuenta…

Se incorporó, plantándose ante la máquina, y el gozo se fue de su rostro cómo un pájaro asustado.

—¡Debe ser horrible, señor! Estoy pensando que un ser dotado de inteligencia y de sensibilidad…, pero cuya cara fuera como la tuya, sin músculos faciales, sin poder expresar lo que siente… ¡Espantoso! Una forma de mudez mucho más terrible que él carecer de voz…

«VAIS A MORIR… LOS DOS»

—¡Es sencillamente…, alucinante! ¿Te das cuenta, Fritz? Cuando miro a Erika, en su rostro, sus ojos, su boca…, todo…, lo que expresa, lo que siente…, ya a veces, al besarla en la mejilla o en la frente, llega hasta mí el calor de su piel…

Lanzó un suspiro, profundo.

—Sí, tendremos que dar al rostro de los domésticos una expresión variable…, pero nunca lo que hice contigo, Fritz.,. No sé si me creerás…, pero lamento haberte construido…, es algo que no debí hacer nunca…

Volvió a suspirar, antes de reanudar lo que estaba haciendo.

—Lo peor… —musitó—, es que no sé lo que tengo que hacer contigo…

«VAS A MORIR…»

Terminó Munchen de preparar su equipaje.

—Te quedarás aquí hasta que Erika y yo regresemos del viaje de bodas… Te he dejado un buen montón de botellas para que mantengas tu piel en buen estado…

Recordando entonces que el robot no había pronunciado una sola palabra, se volvió hacia la máquina, clavando en el estólido rostro de «dermatina» una mirada inquisitiva.

—¿Qué diablos te pasa, Fritz? ¿Es que no te has enterado de que voy a casarme con Erika?

—Enhorabuena, profesor.

—Y que me voy de viaje…

—Buen viaje, profesor.

—¡Santo cielo! Mira que llego a ser estúpido… Erika tiene razón…, a veces y muy a pesar mío, me dirijo a las máquinas como si tuviesen en la cabeza algo más que cables y relés…

CAPÍTULO X

Había fracasado.

Y era un fruto que no estaba acostumbrado a probar. Siempre había sido un triunfador, sin importarle nada lo que tuviera que hacer con tal de salir airoso de cualquier empresa.

Con las mujeres, nadie tenía que decirle cómo debía actuar. Las conocía lo suficiente como para saber en qué sitios tenía que golpearlas...

Con los hombres era más prudente, pero igualmente astuto e implacable.

Por eso, tras haber madurado el plan Erika-Karl, estaba seguro de obtener un triunfo absoluto, rotundo..., humillando a la mujer y destrozando la vida profesional de él...

¡Todo le había salido al revés!

Recordando las palabras que el director había pronunciado, Otto rechinó los dientes, lanzando una mirada de odio al robot que yacía sobre la enorme mesa de trabajo.

Y encima..., lo de aquella asquerosa máquina, que había hecho bajar vertiginosamente sus acciones en la estimación de Hans Leffer, haciéndole aparecer como un estúpido, al lado del genial Munchen, que no hacía más que cosechar triunfos.

—¡Maldito puerco!

Ahora sabía que Erika y él vivían juntos, en el apartamento de la joven..., e imaginaba, mientras clavaba las uñas en las palmas de sus manos, con tanta fuerza cerraba los puños, los instantes de placer que ambos pasaban juntos..., el porvenir rosado que les esperaba...

Si, pudiera impedirlo, hacer algo, lo que fuera...

La idea brotó de su mente como un chorro de inesperada lava del cráter de un volcán apagado. Experimentó una sensación de

dicha tan enorme, que lanzó una tremenda carcajada, cuyos ecos repercutieron en la gran sala del laboratorio.

—¡Estupendo!

Se acercó al enorme cuerpo del robot, pasando una mano trémula por la superficie metálica de la máquina.

—Me has causado perjuicios, amigo... —dijo con voz cálida—, pero ahora vas a pagar tu deuda conmigo... Veamos...

Empezó a trenzar su plan, cuidadosa y detalladamente. Era un hombre de una inteligencia fría y poseía una lógica indestructible. Además, no se permitía nunca errores..., y por eso su último fracaso le escocía como si le hubieran vertido un ácido corrosivo en pleno corazón.

Tendría que llevar al robot hasta la casa de Erika..., o hacer que fuera solo..., así nadie podría sospechar de él... Claro que tendría que modificar ciertos circuitos, calculando exactamente el tiempo durante el cual la máquina debería obrar con absoluta «normalidad», ya que una vez derribase la puerta del apartamento, debería ser el mismo que en la mina había destrozado cuantas cosas estaban a su alrededor.

Un fino mecanismo de relojería impediría que la agresión se llevase a cabo antes de tiempo..., pero había algo mejor...

Corrió hacia las oficinas. La totalidad del edificio estaba en silencio a aquellas altas horas de la noche. No le fue difícil encontrar en los archivos del personal la ficha de Munchen, que llevó al laboratorio.

Haría que el robot impresionase la foto de la ficha, y que la aparición ante la máquina del rostro de Karl fuera quien desencadenase el proceso agresivo.

¡Maravillosa idea!

Se puso a trabajar con verdadero frenesí, introduciendo en el «cráneo» de la máquina los circuitos necesarios para que todo marchase como él deseaba. Anuló la memoria del robot, no dejando en ella más que la imagen de Karl Munchen, asociando el circuito a la parte deteriorada del sistema, de forma que el robot recobrase su furia agresiva tres segundos exactamente después de que viera a Munchen.

Se frotó las manos.

Pensó entonces que no podía enviar al robot a través de las

calles de la ciudad, de aquella guisa..., pero yendo a la sección dé vestimenta, donde se preparaban los uniformes de los domésticos, encontró uno, el más grande de todos, con el que vistió a su propio robot.

Grabó con todo cuidado las instrucciones del itinerario, y recordando que poseía una llave del apartamento de Erika, que la joven le había dado durante el viaje a la Selva Negra, se la entregó al robot, que así podría llegar hasta el mismo piso sin tener que llamar la atención derribando puertas.

Cuándo ordenó al robot que se incorporase, y le vio obedecer perfectamente a sus órdenes, comprobó satisfecho que había llevado a cabo un correcto trabajo. Bajo la aparente normalidad de aquella poderosa máquina, se encerraba un mecanismo mortífero e implacable, que nada ni nadie podría detener cuando se pusiera en marcha.

Mientras precedía al robot, abriendo las puertas que conducían al exterior del edificio, pensó cuánto le hubiese gustado seguirle en su coche, comprobar que ejecutaba las instrucciones, acompañarle hasta verle desaparecer por la puerta de entrada de la casa de Erika Lostein.

Pero tenía que ser prudente.

La escapada del robot era perfectamente justificable. Un error en los circuitos. Luego podría decir o hacer pensar a los demás, que Karl había tropezado con la máquina en la calle..., y que había huido, corriendo cobardemente hacia el piso de su amada.

Podrían darse mil versiones de lo ocurrido..., en cuanto a él, podría justificar que había pasado la noche lejos de Berlín, ya que en cuanto regresase a su casa, dirigiría su rotor deportivo hacia cualquier parte del país..., hacia Colonia, por ejemplo, donde tenía una amiga en cuya cama le despertarían para comunicarle lo ocurrido...

Ella, la hermosa Helga, que siempre había estado enamorada de él, afirmaría rotundamente que había pasado la totalidad de la noche en su compañía...

Ni siquiera pensó en que la muerte que había dictado contra Karl Munchen alcanzaría también a Erika. Aquella mujer había dejado de interesarle, y poco le importaba lo que de ella fuera.

Desde la puerta de la fábrica, vio al robots con su traje de

paisano, alejarse hacia la casa de la muchacha. Y con un suspiro de íntima satisfacción, Otto" Werniger se dirigió al parking para ir en busca de su coche.

* * *

Obediente a las instrucciones de su creador, Fritz no volvió a lanzar sus antenas telepáticas, reduciendo su actividad mental a la síntesis de las observaciones que hasta entonces había acometido con los seres humanos. La fineza de sus órganos perceptores le hicieron descubrir casi en seguida que había una serie de personas que emitían radiaciones positivas, y que esas criaturas humanas estaban dotadas de cualidades que podrían calificarse como bondad, buen corazón, humanitarismo, amistad o amor.

Otros humanos, por el contrario, emitían radiaciones altamente negativas, que podían traducirse por defectos serios en su comportamiento hacia los demás, regido por pasiones tales cómo ambición desmedida, afán de notoriedad, rencor, envidia, odio...

Esas radiaciones no llegaban generalmente a los centros del robot más que cuando se encontraba en presencia de los humanos de quien se tratara, pero Fritz había descubierto que cuando ciertas emanaciones estaban dirigidas hacia la persona que estaba ante él, sus centros de recepción percibían las provenientes del emisor, por muy lejos que éste se hallase.

Así, mientras Karl había estado preparando su equipaje, Fritz había captado con toda nitidez, al principio, las ondas amorosas que brotaban de la mente de Erika, lo que le demostró que su amo podía sentirse orgulloso y seguro del cariño que aquella mujer le profesaba.

Pero, apenas Munchen llevaba diez minutos en el piso, rebosando alegría por todos los poros de su piel, cuando Fritz percibió las radiaciones malignas y cargadas de deseo de destrucción, que provenían del cerebro de Otto Werniger.

Conectando toda su actividad telepática, Fritz consiguió trasladarse en el espacio, pudiendo asistir por telecaptación a las imágenes de lo que estaba pasando en el gran laboratorio de la fábrica.

Le fue sencillo leer en el cerebro de Otto, quien además enviaba radiaciones directamente dirigidas a la persona de Munchen, presente en la habitación donde el robot se encontraba.

Supo entonces que su amo IBA A MORIR.

Y también Erika.

Si la portentosa máquina tenía idea del sentido exacto de la palabra muerte no era por haberlo imaginado él mismo, sino por todos los libros que había devorado en la lectura telepática de la colosal biblioteca del profesor.

No era la MUERTE HUMANA, y lo sabía, algo semejante o parecido, ni siquiera remotamente a lo que podía ser la MUERTE DE UN ROBOT.

Había un final en ambos, pero absolutamente diferente. Con habilidad, si la destrucción no era total, podía reconstruirse un robot «muerto»…, a menos que los mecanismos kaputt destruyesen definitivamente la totalidad de los circuitos…, en tal caso, lo mejor era arrojar la máquina a la chatarra.

A pesar de mantener una actividad mental intensa, sin perder de vista lo que Werniger estaba tramando, Fritz no perdió una sola palabra de las que Karl pronunció en su presencia.

Además, más allá del lenguaje, era capaz de ahondar en el cerebro de la persona que estaba a su lado, y así pudo descubrir que, en el fondo, Munchen se sentía legítimamente orgulloso de él; pero que, al mismo tiempo, se arrepentía de haberle creado.

Y tenía razón.

Porque el miedo del profesor, aunque lógico y razonado, no podía ser igual que el MIEDO DEL ROBOT. Un robot con conciencia que, de repente, se daba cuenta de lo que REALMENTE ERA, de su tremenda soledad, de lo híbrido de su composición: una parte material de circuitos puramente artificiales, y aquellos «neurones» que eran como luces humanas en el frío seno de una simple máquina.

SABIA QUE ERA UN ERROR.

Un experimento sumamente PELIGROSO.

ALGO QUE NO TENIA RAZÓN DE SER.

* * *

Esperó a que el profesor se hubiese alejado, a bordo de su coche. Luego, lentamente, se puso en pie, saliendo de la casa, poniendo en marcha sus sentidos telepáticos.

No tardó mucho en percibir las emanaciones electrónicas del gran robot asesino.

Apretó el paso, por las calles desiertas de la gran ciudad.

Sus mecanismos internos le informaron del lugar preciso en que iba a encontrarse con el otro. Y no pudo evitar una sensación extraña, al pensar en la espantosa diferencia qué había entre el otro y él...

¿Tenían derecho los hombres a fabricar máquinas con las que destruirse entre ellos?

Siempre había sido así, como Fritz aprendió en los libros de Munchen..., es decir, casi siempre, ya que la Humanidad, harta de guerras y de dolor, llevaba casi un siglo caminando por la senda de una paz conciliadora.

Una paz que si bien reinaba entre los grandes grupos, las Federaciones de Pueblos de la Tierra, no se habían inscrito aún en el corazón de cada uno de los humanos.

La prueba estaría en la actitud de Otto Werniger.

Quizás un día, en un lejano y remoto mañana, los hombres, otros hombres, fabricasen robots como él..., y aprendiesen de sus máquinas perfectas y bondadosas una conducta que borrara para siempre la violencia y el odio...

Sus circuitos se pusieron en estado de alerta.

Allí estaba el gran robot, caminando delante de él, gigantesca y grotesca máquina con vaga apariencia humana. Grande, enorme como el monstruo del doctor Frankenstein...

Fritz había forjado un plan, pero para llevarlo a cabo tenía que acercarse aún más al robot asesino. Lo hizo, seguro de que el otro, obediente a la marcha de sus circuitos impresos, sería totalmente incapaz de cambiar de rumbo.

Los colosales poderes de Fritz le permitieron modificar la programación que pudo «leer» con facilidad en el «cráneo» del otro. Le bastó emitir sus radiaciones de telecinesis para ir modificando los «engramas» impresos..., y así borró la imagen que se había grabado en la memoria del robot, haciendo desaparecer el rostro de Karl, para colocar en su lugar el del propio Otto.

Cambió luego las instrucciones del itinerario.

Obedeciendo a las nuevas impresiones, el robot asesino dio media vuelta, tomando mansamente el camino que iba a conducirle a casa del ingeniero Werniger.

Fritz le vio alejarse.

Esperó unos instantes, dando después media vuelta para regresar a la casa de Munchen.

* * *

Se sirvió un nuevo vaso de alcohol...

La euforia ponía brillos intensos en sus ojos. Le bastaba imaginar lo que debía estar ocurriendo al otro lado de la ciudad, para sentir que una extraña felicidad irradiaba de su pecho, dándole una idea crecida de sí mismo, de su poder, de su inteligencia y de su espíritu de venganza...

En la fábrica, tras la desaparición de Munchen, era seguro que Hans Leffer tuviera que recurrir a él, quien con mucho gusto aceptaría la dirección, además de la suya, de la sección de domésticos.

Iba a convertirse, no lo dudaba, en el más importante técnico de la empresa.

La cuantía de sus emolumentos, debido al doble cargo que ostentaría, se multiplicarían por dos, lo que iba a convertirle en un hombre muy rico, poderoso, brindándole así la maravillosa oportunidad de poder satisfacer todos sus caprichos, de poder dominar a los que le rodeaban, haciendo que ninguna mujer estuviera ya fuera de su alcance.

Sonrió, al percatarse de que cómo un astuto estratega, había sabido transformar la pequeña derrota anterior en una estupenda victoria.

Era cierta la afirmación popular de que «ríe mejor quien ríe el último».

Consultó el reloj.

Tenía tiempo, todo el tiempo del mundo. En unos veinte minutos, su formidable rotor deportivo le dejaría en la azotea de la casa de Helga, en Colonia.

No tenía prisa alguna.

Además, uña especie de vanidad le hacía permanecer en Berlín, como si desease gustar, a distancia, del sabor delicioso de su venganza.

Seguro que tras la muerte de Karl y de Erika, los vecinos, alertados por la furiosa presencia del gigantesco robot minero, avisarían a la policía y a los bomberos..., y el robot sería destruido, con el fuego rugiente de los lanzallamas de las fuerzas del orden.

Se acercó a uno de los grandes ventanales del salón. Su casa, una lujosa mansión de una sola planta, estaba rodeada por un ancho jardín. No le gustaban los apartamentos. Se consideraba demasiado importante para compartir una proximidad de vivienda con otra gente.

Volvió hacia la mesa, sirviéndose una nueva copa de alcohol. Y entonces, cuando se llevaba la copa a los labios, la puerta de entrada saltó violentamente sobre sus goznes.

Se volvió, con los ojos abiertos por el asombro.

—¡NO!

El enorme robot minero estaba allí, con los grandes y redondos ojos relucientes, sus gigantescas y fuertes manos metálicas tendidas hacia él.

—¡No! —gritó dejando caer la copa en el suelo.

La máquina avanzó hacia él.

De nada le sirvió retroceder hasta que su espalda chocó con la pared. El monstruo de acero estaba ya encima de él, moviendo las manos como las palas de un molino de viento, haciendo vibrar el aire.

Una de las manos golpeó la cabeza de Otto.

Fue como si estallase un fruto maduro, al caer de la rama de un árbol. La masa encefálica fue proyectada contra la pared, dibujando en ella anchos goterones grises, estriados de rojo.

Un nuevo golpe en el pecho.

Se abrió el tórax, y los rosados pulmones fueron precipitados hacia el suelo.

El robot siguió golpeando.

Más tarde, cuando la masa sanguinolenta yacía a los pies de la máquina, el robot prosiguió su destrucción, derribando muebles, perforando paredes, en medio de un estrépito de fin de mundo.

* * *

Fritz se sentó en el sillón.

Había colocado el magnetofón sobre la mesa vecina, y su mano, delicada mano de aspecto humano, cubierta por fina piel de «dermatina», cerró entre sus dedos el tallo del micrófono.

—Mensaje de Fritz al profesor Karl Munchen.

Era la llamada de un mundo incomprensible hacia el mundo de los humanos: el grito de una máquina en el silencio tremendo de la

incomprensión de los seres inteligentes de la Tierra.

Un alarido del futuro.

—Cometió usted un grave error, profesor..., al incluir los «neurones» en mis circuitos... Las conexiones que se han producido han llegado más lejos de lo que usted creía... »Porque me han dotado de una conciencia. »No, no se ría usted. Lo que digo es cierto. Al nacer en mí la conciencia de mí mismo, he descubierto cosas que ni siquiera podía usted sospechar.

«Mis finos receptores han captado la maldad y la bondad. Pero lo peor es que he empezado a pensar en MI MISMO... ¿Se da cuenta de eso, profesor? »Sé que existo..., porque pienso..., y no crea que ésta sea una frase aprendida en uno de sus libros, donde se hablaba de Descartes. No, ha sido una experiencia PERSONAL...

«Personal..., me aterroriza esa palabra..., porque ha significado el alucinante descubrimiento que he hecho al darme cuenta de que YO TAMBIÉN..., SOY UNA PERSONA...

«Curiosa persona, en verdad..., porque dotada de inteligencia, de sensibilidad, olvidó usted, mi querido profesor, proveerme de algo que encauzase un nuevo sentimiento que no tardó en aparecer en mi mente... »¡EL AMOR! »Sí, profesor, el amor..., así de claro... Pero ¿qué puede un montón de metal hacer con ese sentimiento? En mi soledad, en su piso, he acariciado mi piel, imaginando que se trataba de otra piel... ¿Se da usted cuenta? »¡DESEABA ACARICIAR A OTRO SER! »Mi sensibilidad me impelía ello..., pero me di cuenta de que mis dedos no obtenían sensación alguna. Porque debajo de la fina capa de "dermatina"..., sólo había metal..., vulgar materia muerta, sin nervios que enviasen el mensaje de mi fallida caricia a los centros de mi cerebro... »Entonces, la verdad se me apareció con la fuerza impresionante de una revelación. »SOY UN SER INCOMPLETO. »O más claramente dicho: ¡UN MONSTRUO! »Así es, profesor, mi querido profesor.,., y creador. Me proporcionó Usted todo..., menos la esencia de algo que es como el símbolo mismo de la vida, en fin, esencia de la existencia: el amor. »He sentido el amor..., un amor restringido aunque estupendo. El amor hacia usted, hacia las personas que usted aprecia. Y en contrapartida, también he conocido el odio.

«Eso le demuestra que soy MAS HUMANO DE LO QUE USTED CREÍA. »Un humano al que se le hubiese negado la vista para ver, la

voz para hablar, el tacto para tocar, el oído para oír… Porque, en el fondo, ya pesar de todas mis perfecciones, es como si estuviese ciego, sordo, mudo, manco, cojo… »INCOMPLETO. »He dispuesto el funcionamiento automático del mecanismo kaputt, de destrucción completa, que funcionará dentro de ochenta y tres segundos… »Nada de mí quedará indemne, y mis circuitos arderán abrasados, destruidos para siempre, haciendo imposible una absurda reconstrucción. »No vuelva a crear nada parecido a mí, profesor Munchen. »No, no vuelva a hacerlo.

«Porque, lo más tremendo de todo, su más grave error, ha sido el CREAR UNA CRIATURA QUE HA LLEGADO A LA HORRIBLE CONCLUSIÓN, A PESAR DE SUS IMPERFECCIONES, DE QUE ES MEJOR QUE CUALQUIER SER HUMANO.

FIN